

Albert Meltzer nació en Londres, en el seno de una familia obrera en 1920. Fue boxeador amateur, librero y obrero gráfico. Dedicado al anarquismo desde los 15 años, su primera participación en una reunión anarquista fue en 1935, cuando tomó la palabra para defender al boxeo contra los dichos de Emma Goldman, lo que le valió que ella lo llamara, despectivamente, “un joven hooligan”. Durante la Revolución española de 1936 colaboró en el suministro de armas para los compañeros ibéricos, apoyó la resistencia contra el nazismo y, después de la guerra, a la resistencia anarquista contra Franco. Durante la guerra fue uno de los principales impulsores del motín de El Cairo, como antes lo había sido de la huelga de alquileres y de otras. Fue acusado a menudo de *sectario* por oponerse a la idea de “una política de puertas abiertas” para el anarquismo. Defendió al movimiento contra los intentos de moderación liberal de la ideología. Impulsó el archivo anarquista más importante de Inglaterra. Murió en mayo de 1996, su féretro fue acompañado por más de 300 compañeros. Toda una vida dedicada a la causa anarquista.

Stuart Christie nació en Glasgow en 1946. Fue aprendiz de técnico dental, peón, obrero gráfico y gasista. A los 15 años se hizo anarquista después de un fugaz paso por el socialismo. A los 17 años fue encarcelado en España por colaborar en un intento de atentado contra Franco. Desde su regreso a Inglaterra en 1967 su militancia incluyó una sentencia acusada de pertenecer a la *Brigada de la Cólera*. Junto con Albert Meltzer impulsó la reorganización de la Cruz Negra Anarquista, desaparecida, desde su origen ruso, por la represión bolchevique. Ambos han escrito libros autobiográficos y numerosos artículos. Colaboraron en varios periódicos anarquistas, incluidos *Bandera Negra*, de la C.N.A., y el centenario *Freedom*.

El presente extracto corresponde al libro, escrito a comienzos de la década del '70, “*Las compuertas abiertas de la anarquía*”, publicado en este país por la Editorial Proyección con el título “*Anarquismo y lucha de clases*”.

EDICIONES
¡LIBERTAD!

publicacion_libertad@yahoo.com.ar
www.geocities.com/grupo_libertad

ANARQUISMO, VIOLENCIA Y UTOPIÍA



A. Meltzer – S. Christie

países; que cuando hay campañas internacionales de solidaridad con un compañero detenido se coordinan entre sí. Hay que decir que existe una llamada Cruz Negra Anarquista Internacional en Noruega, pero me parece a mí, que se han denominado así a sí mismos. Y dicen cosas muy raras con lenguaje muy autoritario. ¡Pero tengo entendido, afortunadamente, que los compañeros anarquistas no les hacen mucho caso!

CNA V.- Recientemente, muchos grupos del anarquismo histórico y los servicios de seguridad estatal, han acusado a diferentes CNAs de ser un aparato para actividades insurreccionalistas.

S.C.- Siempre la CNA ha sido acusada de ser el frente legal del ala más radical del anarquismo internacional. Eso es porque nuestra tarea fue dar apoyo y solidaridad a los compañeros encarcelados por el Estado, especialmente con los compañeros del grupo Primero de Mayo, Angry Brigade, Acción Directa, GARI, etc.

CNA V.- ¿Qué soluciones propones para que el día que derribemos los muros de las prisiones y hagamos la revolución social, hagamos con aquellas personas que cometan “delitos” contra nuestra futura sociedad libertaria?

S.C.- El problema de qué hacer con gente “anti-social” no tiene una solución fácil, y es para los anarquistas y libertarios uno de los problemas más difíciles, particularmente en la sociedad de hoy en día: post-industrial, fragmentada y llena de jóvenes alienados viviendo vidas sin sentido de comunidad. La única cosa que podemos hacer como anarquistas y libertarios es empujar otras posibilidades cuando esas se presentan y otras maneras de mirar al mundo.

ÍNDICE

Anarquismo, violencia y utopía	pag. 1
Violencia y terrorismo	pag. 8
¿Es posible una sociedad libre?	pag. 17
Anexo	pag. 23

Anarquismo, violencia y utopía

A fines de la Primera Guerra Mundial asistimos al desarrollo del Supergobierno. El capitalismo, al tratar de escapar de las consecuencias de la guerra, perdió su fachada liberal. En algunos casos tuvo que entregarse por completo al control estatal, enmascarado de comunismo -que sólo había abolido a la vieja clase dirigente para crear una nueva, basada no en el lucro sino en el privilegio-. En otros casos se inyectó con la misma droga, y el mundo de pesadilla del fascismo constituyó un viaje a la oscuridad. Los efectos secundarios de estas experiencias iban a elevar la apreciación de la forma anterior del capitalismo. No cabe duda, argumentaban muchos, de que la forma liberal y democrática de gobierno que el capitalismo solía asumir, cosa que ya no puede hacer, constituía un mal menor. El argumento suena hoy extrañamente arcaico, en esta época en que el desarrollo del Estado de Destrucción significa que tiene poca importancia que el liderazgo sea blando o brutal; que imponga sus decisiones mediante policías desarmados que dirigen las marchas de protesta a lo largo de calles vacías, o saque a relucir contra ellos los tanques y las bombas de gas lacrimógeno. Los problemas de que hoy se trata son tan vitales para la continuación misma de la humanidad, que resulta insignificante el hecho de que los maníacos que tienen a su cargo nuestro destino lleguen al poder mediante clandestinos conciliábulos o abriéndose paso “a ráfagas de metralla”.

El Estado es evidentemente nuestro enemigo; si no lo destruimos primero, nos destruirá él a nosotros. No habrá más guerras nacionales en escala mundial o, por lo menos, no durarán mucho tiempo -los choques de un poderío insensato llevarán a la inmediata destrucción-. La línea de fuego del futuro nos enfrentará a *nosotros* y a *ellos*. ¿Quiénes son “ellos” y quiénes somos “nosotros”? Puede que resulte difícil dar una definición, aunque todos lo sentimos instintivamente. *Ellos* son la clase dominante, y los que están vinculados con el poder. Se espera que *nosotros* seamos los peones en el ajedrez de ese poder. Ellos constituyen la clase dominante, nosotros los sometidos. Ellos son los agresores, pero nuestras iniciativas para derrocarlos son condenadas como perturbadoras de la paz. Ellos son los conquistadores y nosotros los conquistados, y la dificultad con que tropezamos al tratar de hallar la definición es el resultado de que crezca el pasto en los campos de batalla. Siempre que nos conformemos, o tratemos de asimilarnos, ellos se contentan con dejarnos tranquilos; pero aun así, no pueden dejar al mundo tranquilo. Quienes están vinculados con el poder hacen sus propios planes para sobrevivir en el evento de una guerra nuclear. Pueden incluso soñar que existen otros mundos que ellos conquistarán. Para mantenernos tranquilos, discuten acerca de las diferencias existentes dentro de la sociedad, y hasta tal punto que a veces nos cuesta establecer dónde se produce la división. Éste es el éxito que logran los medios de persuasión con los cuales, entre otros instrumentos opresivos, nos explotan.

Uno puede aislar un sector de la clase dirigente y atacarlo; pero esencialmente el enemigo del hombre es el medio por el cual éste es gobernado. Se trata de un instrumento impersonal, aunque se equipe con hombres reales. Hasta en época tan remota como la de los antiguos filósofos chinos se sostuvo que no cabía esperar que el hombre reverenciara aquello mediante lo cual se lo castigaba y que era el símbolo de su sometimiento (expectativa razonable que luego redujo a la nada la Iglesia cristiana). A ellos les resultaba axiomático que el hombre que se vendía al gobierno lo hacía por razones indignas. Un sabio invitado por el emperador a que lo ayudara a gobernar, pidió que le permitieran lavarse las orejas; otro sabio le advirtió que no dejara beber a su buey del agua en que se lavara las orejas que habían oído tal propuesta.

¿Cómo puede existir el antagonismo entre el hombre y una institución creada por éste? Porque aquella señala la división de los seres humanos en dominadores y dominados. ¿No es meramente el gobierno la administración de la sociedad? Sí, pero contra la voluntad de ésta. La sociedad es necesaria para unírnos; el Estado, que llega a existir para dominar, nos divide. ¿No están compuestos meramente los gobiernos por seres humanos, con todas sus fallas y virtudes? Sí, pero para oprimir a sus congéneres. La humanidad comenzó con el hecho del lenguaje; la sociedad comenzó con el arte de la conversación; el Estado comenzó con una orden.

El gobierno representa las cadenas impuestas a una sociedad; aun en su forma más libre, constituye meramente el punto más allá del cual no puede ir la libertad. El Estado es la preservación de las divisiones de clase, y si en ese carácter protege la propiedad, también lo hace para defender los intereses de una clase gobernante. Aunque esto pueda traer también como consecuencia la preservación de los derechos de los pequeños propietarios de la clase más baja, en todo caso contra ciertas incursiones, esto se hace sólo para fortalecer el respeto a la propiedad. En una sociedad en que el lucro no es el motivo, y la división de clases no determina la economía, el Estado defiende los intereses de la burocracia.

Aún las personas más interesadas en la preservación de una sociedad gubernamental -la burguesía propietaria- se ven obligadas a admitir que no llevan siempre la mejor parte. El ciudadano próspero, con toda la necesidad que naturalmente siente de que exista el gobierno en su faz represiva, es el que más se inclina a atacarlo cuando éste asume cualquier papel que no sea el de defender la propiedad o el de cohibir la actividad de la clase trabajadora. Dominado como está por el concepto de la reciprocidad comercial como principio ético, el pago de impuestos es uno de los compromisos que cumple con la menor disposición, y no percibe que sea deshonesto el fraude; en todos los demás aspectos de su actividad, inclusive en sus deudas de juego, ve la posibilidad de dar algo por algo, pero en lo que respecta al Estado, nada.

El Estado es un parásito que se nutre de la sociedad. Es inerradicable en una sociedad dividida en clases, pese a las esperanzas de los primeros filósofos capitalistas e individualistas liberales, porque la protección de las divisiones de la propiedad depende de la represión organizada. Una vez que alguna forma de represión organizada se hace

Entrevista a Stuart Chistie realizada por la CNA de Venezuela.

CNA V.- ¿Cuéntenos un poco sobre lo que te motivó a relanzar la Cruz Negra Anarquista³, su historia, y el fatídico desenlace de algunos de sus militantes?

S.C.- El motivo para relanzar la Cruz Negra Anarquista fue que mientras yo estaba en las cárceles franquistas, las únicas personas que tenían ayuda de fuera eran los presos religiosos, que se negaron a juntarse con el ejército. Por lo tanto, cuando salí, uno de mis objetivos más inmediatos fue organizar un apoyo para los presos políticos anarquistas y libertarios en España. Nos llamábamos en un comienzo la Cruz Negra Anarquista y después del Congreso de Carrara (Italia) en 1968 lo cambiaríamos a la Cruz Negra Anarquista Internacional. Después de que el compañero Miguel García (después de pasar veinte años en la cárcel) se traslada a Londres para encargarse del secretariado internacional. Fue una asociación informal, sin estructura, más bien eran grupos de afinidad anarquista en varios pueblos británicos y, después de Carrara, en Italia, Francia, Alemania, Suiza, y los Estados Unidos.

En lo que concierne a las muertes de los compañeros de la CNA (Pinelli, Von Rauch, Tommy Weissbecker) hay que recordar también que Salvador Puig Antich y otros compañeros del MIL trabajaban con nosotros cuando vivía en Londres.

CNA V.- ¿Cuáles fueron las razones que motivaron la desarticulación de la CNA Internacional?

S.C.- La CNA Internacional no fue desarticulada. Nunca fue una organización, siempre fue un grupo de afinidad internacional. Ahora hay grupos de la CNA en muchos

³ La *Cruz Negra Anarquista* (en un principio *Cruz Roja Anarquista*, luego cambió el nombre para evitar confusiones) tiene su origen en la Rusia zarista de 1905. Inicialmente centró su actividad en dos frentes: ayuda a presos "políticos", desterrados y encarcelados y la autodefensa. Con la llegada de los bolcheviques al poder, la represión y el asesinato, igual que al resto del movimiento anarquista, sacuden a la C.N.A., que se traslada a Berlín, donde, al subir los nazis al poder, acaba desapareciendo.

A finales de los años 60 Stuart Christie descubre en la cárcel de Madrid que casi toda la ayuda que llega desde la calle es administrada, con dudosos métodos, por el Partido Comunista Español. Gran parte de esa ayuda termina en manos del Partido y pocos se acuerdan de los presos anarquistas o de otras organizaciones revolucionarias. El encarcelamiento de Christie supone un gran escándalo internacional y una gran propaganda para el movimiento anarquista. En todo el mundo se organizan manifestaciones, charlas, mítines, sabotajes y peticiones para su puesta en libertad. Christie obtiene solidaridad y ayuda en muchos países y ésta es compartida con muchos compañeros que también se encuentran presos. La campaña internacional tiene éxito y Christie sale en libertad.

Regresa a Gran Bretaña y, más firme aún, decide ayudar a los presos anarquistas españoles. Se pone en contacto con Albert Meltzer, que ya se dedicaba a ayudar a los presos asiáticos desde una organización llamada Mutual Aid. Obtiene la libertad de Miguel García que, de regreso a Londres, se une al grupo y organizan la Cruz Negra Anarquista Internacional. (Fuente: *Tierra y libertad*, N° 152, marzo de 2001)

-La gente estaba muy enfadada por la situación política: se había pasado del año 1966 y el Grupo Primero de Mayo de la lucha antifranquista a una lucha contra el imperialismo norteamericano y su apoyo a Franco, y de aquí se pasó a la lucha antirracista con las revueltas del movimiento de igualdad para los negros. Al final, debido a todas las formas de imperialismo norteamericano y después de mayo de 1968, todo estalla y te quedas con los más radicales, con los que tienen expectativas muy altas. Los estudiantes de izquierdas que habían estado activos en políticas radicales, tenían que tomar una decisión: dedicarse a sus carreras universitarias o dedicarse a acciones radicales que podían resultar peligrosas, como en el caso de la universidad de Kent, donde dispararon a cuatro alumnos o los tiroteos en Birsmergen en Alemania. Todo esto, sumado a la creciente represión por parte del Estado, hace que se piense en la acción clandestina como única solución.

-Sí, pero hay otros grupos en Europa que tienen relación con grupos marxistas-leninistas, como en Italia o en Francia. ¿Cuál es la diferencia entre la Brigada de la Cólera y estos grupos?

-El problema es que estos eran la Fracción del Ejército Rojo y las Brigadas Rojas, que eran grupos que procedían de un entorno muy marxista y que utilizaban el modelo de lucha latinoamericano, el cual no valía para lo que estaba sucediendo en Europa. Evidentemente, al ser marxistas tenían una estructura muy jerarquizada, creían en una organización muy firme y tenían un concepto idealizado de la lucha armada. Al final les pasó lo que les pasa a todas las organizaciones cuando, tras ser identificados, pasan a la clandestinidad y entran en contacto con la criminalidad, en ese momento pierden contacto con los objetivos por los que se habían juntado. El Grupo Primero de Mayo y otras organizaciones anarquistas hacían lo que tuvieran que hacer y luego cada uno regresaba a su vida normal. Sin embargo, todo lo que hacían la Fracción del Ejército Rojo y las Brigadas Rojas era un fin en sí mismo; a medida que aumentaba su dependencia de la criminalidad, aumentaba el distanciamiento con sus ideales originales, lo cual les daba una visión totalmente equivocada del mundo. En lugar de hacer acciones llamativas, terminaron haciendo acciones con el fin de matar y una vez que se ha matado a alguien, es más fácil matar a alguien más. Y aunque obviamente no era con un fin en concreto, sino como medida de seguridad, como sistema de defensa, aquello sólo aumentaba su alienación con el resto del mundo. Pero pienso que era el hecho de ser marxistas-leninistas lo que les llevó a comprometerse con esta forma de vida clandestina, lo cual era una auténtica locura sin ninguna salida. Sin embargo, las personas que formaban la Brigada de la Cólera y hasta que fueron identificadas, eran personas que hacían lo que tuvieran que hacer y después seguían con su vida normal; al no estar sometidas a ninguna presión, no perdieron el contacto con la realidad en ningún momento.

más fuerte que cualquier forma existente de represión organizada, asumirá las funciones del Estado. Marx analizó la estructura del capitalismo en forma bastante clara como para percibir que cuando ya no existiera la necesidad de la división de clases, desaparecerían las instituciones represivas *necesarias para el dominio de clase*. Sin embargo, en los países comunistas puede verse cómo la conservación de *otros* órganos represivos del Estado ha significado que lejos de abolirse éste, se lo ha fortalecido. Se ha combinado en ese caso la naturaleza explotadora del capitalismo con la naturaleza represiva común del Estado, y éste llegó a ser más monstruoso que nunca.

El magnate petrolero norteamericano que recibe con desprecio cualquier forma de intervención estatal en su manera de dirigir el negocio -es decir, de explotar al hombre y a la naturaleza- es también capaz, en cierta medida, de “abolir al Estado”. Pero tiene que construir una máquina represiva por su propia cuenta (un ejército de comisarios que cuiden sus intereses) y asume en la medida en que le es posible aquellas funciones que normalmente ejerce el gobierno, excluyendo cualquier tendencia de este último que pudiera constituir un obstáculo para la prosecución de la riqueza que él persigue. El mundo subterráneo de la Cosa Nostra ha construido, particularmente en Sicilia y en los Estados Unidos, un Estado dentro del Estado. Dada la necesidad de protección contra esa amenaza que la Mafía misma representa, ésta ofrece una forma de pacto tan buena como la provista por el Estado. Si ella no existiera, no habría ninguna necesidad de protección. Si el Estado no existiera, tampoco surgiría la necesidad de restricciones legales. No se requerirían frenos constitucionales del poder, si el pueblo fuera libre.

En el surgimiento de una clase de gangsters, vemos la función del Estado en su forma más cruda. Comenzó “con el chasquido del látigo del capataz de esclavos”. Alcanza su punto más alto cuando se transforma no sólo en el contratista de policías para el conquistador sino en una clase, dominante por sí misma. En ese punto -y esto se proclama a veces como socialismo de tipo autoritario, aunque sólo se lo cubre con esa bandera y podría ser tanto el desarrollo lógico del capitalismo como del fascismo- los burócratas ocupan los ministerios y los contadores toman a su cargo la industria. El Estado se transforma no en un mero comité de la clase propietaria, ni siquiera en la expresión de una casta dictatorial, sino en una máquina que perpetúa el dominio por sí mismo y por el engrandecimiento de quienes la integran. Pero está en última instancia condenado. La concentración masiva del poder en una época científica significa que las decisiones de la vida y muerte universal están en manos de unas pocas personas, acostumbradas a asumir enormes responsabilidades sobre sí mismas. Esas personas no pueden imaginar que sus decisiones no sean correctas. Tienen en sus manos la capacidad de destruir la sociedad, y lo harán a menos que la sociedad destruya al Estado. Si el Estado prevalece, el mundo está condenado. Como el Estado es un parásito, no puede vivir después de haber matado al cuerpo que lo alimenta.

Como la Gran Pirámide, el Estado fue construido para el culto de la esclavitud y sobrevive para el culto de la muerte. Perdió toda responsabilidad para la humanidad; perdió la identidad con las personas individuales y representa un enemigo sin rostro. Pero

no es el abuso de la autoridad estatal lo que ha provocado esto. Es el proceso natural por el cual se mantuvo, a través de los años, la división entre conquistados y conquistadores. La guerra civil está latente en todas las culturas impuestas. Las fuerzas de persuasión han confundido los rasgos de la lucha, pero sólo la concepción de la guerra de clases da sentido a los conflictos económicos dentro de la sociedad.

Ya no está de moda machacar con la distinción de clases. Al hablar, del cambio social se dice que la “clase trabajadora ya no existe”. Sólo cuando se planea una legislación destinada a reprimir lo que constituyen supuestamente las malas prácticas de una clase, más bien que las de otra; descubrimos que no es totalmente cierto que “ahora somos todos trabajadores”.

La lucha para la liberación de la propia clase y de sí mismo no se puede comparar con los conflictos entre naciones. Es función del Estado impersonal derrochar vidas en la guerra, o de una clase superior considerar que los seres humanos inferiores son materia que se puede gastar en un conflicto; así, cualquier guerra del Estado nacional debe ser en sí misma, por su naturaleza, una atrocidad. Éste no tiene por qué ser el caso en el proceso revolucionario destinado a destruir al Estado, a menos que una intolerable opresión haya hecho a la gente despiadada en lo que respecta a su propia vida y la haya determinado a tomar venganza (como en España en 1936). Quienes se consagran a la lucha en pro de una sociedad libre son habitualmente capaces, por esa misma razón, de apreciar cabalmente la situación de los demás. En todo caso, sus enemigos no son naciones enteras sino individuos.

No obstante, en comparación con otros conflictos, la liberación social es lo más difícil de lograr, pero sin ella la liberación nacional no es más que una acción diversiva, pues la lucha de clases implica no meramente la acción colectiva sino la ruptura de esas secuencias de eventos arraigados en nuestra sociedad en la forma de orden-y-obediencia. Cualquier forma de protesta social puede ser útil como intento de destruir esta secuencia, que va minando la sustancia vital de la humanidad y hace posible que los menos gobiernen a los más. Si el pueblo en general supera necesariamente a la minoría que comprende el Estado y sus fuerzas opresivas, ¿por qué se sometió tan dócilmente a éste? ¿Por qué hacen cola tranquilamente para recibir las órdenes de marchar a la guerra, o para pagar los impuestos o ser sentenciados a muerte o a trabajos forzados? La sociedad se sometió primero al látigo -a las fuerzas armadas en tiempos de conquista, reemplazadas en una sociedad estable por la fuerza policial (o en una sociedad menos estable por el ejército en función de policía)-. La fuerza policial constituye principalmente un método de represión política. Sólo en un nivel secundario es el medio por el cual, dentro del sistema legal, se institucionalizan los crímenes contra la sociedad legalizando a algunos de ellos y poniendo fuera de la ley a otros. La proscripción legal de algunos delitos es útil, por supuesto, si la gente ha perdido la iniciativa de reprimir la conducta antisocial por sí misma. Este es el aspecto del trabajo policial que se utiliza para justificar el todo. Aunque tiene en cierta medida un carácter inevitable dentro de una sociedad gobernada por el Estado, produce también un efecto atro-

-¿Y qué hay de la relación con otros presos anarquistas y con los presos comunistas?

-Al principio sólo había dos o tres, el primero fue Alen Pecunia, que era otro miembro de DI. Él estaba en la galería nº 6, que era la de los presos políticos, pero por aquella época había una norma según la cual sólo podía haber un preso político por galería, no se podían mezclar, así que a mí me mantuvieron apartado; la otra razón por la que me mantuvieron apartado de los demás era que el no hacerlo hubiera sido el equivalente a reconocer que Franco tenía presos políticos, y eso era algo que él quería mantener en silencio. Finalmente, después de que detuvieran a Luis Andrés Edo por un intento de secuestro, aunque en realidad fue el Grupo Primero de Mayo, que era prácticamente lo mismo que DI y para entonces ya lo había reemplazado. La detención de Edo y de todos los demás miembros del grupo me dio algo de apoyo moral; cuando solicité el traslado a la galería de presos políticos, todos ellos apoyaron mi solicitud. Sólo estuve allí unos meses, los que pasaron desde el intento de fuga hasta que el Gabinete de Franco decidió concederme el indulto porque resultaba demasiado vergonzoso mantenerme en prisión, era una causa de irritación constante. En enero de 1967, en plena discusión acerca de Gibraltar, decidieron que era mejor soltarme que mantenerme dentro. Además, justo por aquel entonces el Grupo Primero de Mayo secuestró al secretario del embajador español en Londres y las cosas comenzaron a moverse en esa dirección. Habría sido una fuente de futuros problemas mantenerme en prisión.

-¿Cuántas veces estuviste en prisión?

-Dos veces. Cuando regresé a Inglaterra tres años más tarde estuve bajo constante vigilancia, por parte del “Grupo Especial”, que era la Brigada Social británica y los servicios de seguridad, por mi supuesta relación con la Brigada de la Cólera. Éste fue un movimiento que surgió como contraposición a los neo-conservadores que aparecieron tras las elecciones de 1970, en las que ganó Edward Heath. Por aquella época los moralistas se estaban embarcando en una guerra de clases, atacando el movimiento de los trabajadores e incrementando la represión policial. En pocos meses se pasa de una situación política muy relajada a una situación de guerra de clases muy tensa, que coincide con el nacimiento de la Brigada de la Cólera.

-Por aquella época no tenían ninguna prueba clara contra ti, ¿verdad?

-No, ninguna. Desde el momento en que me sueltan hasta que me vuelven a detener, hay 25 atentados contra intereses franquistas y ataques con bombas a bancos. Aunque no tenían ninguna prueba, pensaban que yo estaba detrás de estos atentados y esa era la razón por la cual me tenían vigilado. Finalmente me detuvieron durante la redada a una casa en la que supuestamente se reunía la Brigada de la Cólera.

-Cuando te marchaste de España, ¿te seguiste manteniendo en contacto con DI?

-Sí, claro. Además pasé de ser un chaval de 17 años a tener 21 y mucha más experiencia, había leído y pensado mucho. Había conocido a gente que me enseñó mucho sobre la vida; salí de la cárcel más viejo, pero mucho más sabio.

-Durante la época de la Brigada de la Cólera, ¿cual fue la filosofía o la ideología de las acciones directas aquí en Inglaterra?

dres... Lo bueno de mi detención fue que centró la atención internacional en el régimen de Franco.

Hasta entonces había sido un problema relegado a un segundo plano por parte de los países de habla inglesa, pero de repente se encontraron con un chico de 17 años que había sido detenido y acusado de terrorismo, un joven que había intentado matar a Franco y eso, claro, atrajo una gran atención. La gente comenzó a hacer preguntas, lo cual generó mucha publicidad en la prensa internacional y en la televisión. Se puede decir que durante el tiempo que estuve en prisión, sobre todo el que pasé encerrado después del juicio militar, me convertí en el centro de atención para la prensa internacional y por lo tanto, en un elemento de irritación para el régimen de Franco.

No pudieron continuar ocultando que tenían presos políticos ya que al menos una vez al mes, aparecía en la prensa alguna noticia referente a mi encarcelamiento. Me convertí en un pequeño pero irritante elemento para las intrigas diplomáticas de Franco.

-En el momento de tu detención, ¿sabe la policía algo más de tus acciones políticas de lo que tú crees que sabe?

-Tenían muchísima información, no me imaginaba que tuvieran tanta acerca del movimiento. La Brigada Política Social de Eduardo Blanco tenía toda una red de informantes en las capitales más importantes: París, Londres, Milán..., y todos informaban a Madrid sobre el movimiento de los exiliados y el movimiento antifranquista.

-¿Fueron Inocencio Martínez y Guerrero Lucas dos delatores?

-Martínez fue crucial como delator, la diferencia de opiniones estriba en cuándo Guerrero Lucas se convirtió en delator. Yo creo que es bastante posible que Martínez fuera un informador desde el principio y muchas otras personas opinan lo mismo, pero Octavio piensa que Lucas era el informador desde el comienzo. Personalmente me da igual quién fuera el primero, los dos eran delatores y el caso es que suministraban información.

-¿Cuál fue tu primera impresión personal y política al entrar en una prisión española en esta época?

-Lo primero fue el shock inicial, porque sin duda alguna lo peor fue cuando me sacaron de la DGS para meterme en una celda de aislamiento en la cárcel de Carabanchel, a espera de juicio militar. Estaba completamente solo, ya sabes que ni siquiera tienes cama, no puedes comunicarte con nadie, no tienes contacto con el exterior de ningún tipo. Después del juicio empecé a aprender español, me llevó un año poder pensar en español pero fue mejor que ir a la universidad. Te encuentras inmerso en una situación completamente nueva, conoces a gente con la que jamás te habrías encontrado de no ser por aquella situación. Recuerda que en aquel momento, en España, no sólo había presos políticos, sino criminales de todo el mundo: GESTAPO, FLN, cubanos, traficantes norteamericanos... el lote completo. Conocí a toda esta gente siendo un chico joven y me dieron una perspectiva totalmente diferente de la vida, fue una experiencia de aprendizaje muy rápida.

fianter sobre la iniciativa del pueblo para enfrentar los delitos contra la sociedad, y alienta la delincuencia que pretende reprimir.

Puesto que a la larga el dominio debe basarse en el consentimiento, se agrega al mando mediante el látigo un aparato de mando mediante la persuasión, el lavado de cerebro, el condicionamiento mental y todo el proceso de la educación, y se llega así al punto en que el pueblo inglés, por ejemplo, podría aceptar inclusive la existencia de una Gestapo, siempre que ésta lo ayudara a encontrar los gatos perdidos y auxiliara a las viejas que cruzan la calle.

La verdadera educación comenzó con una perspectiva investigadora; la educación del Estado comenzó con un saludo de tipo militar. La redacción de un código de ética y moral adecuado para un pueblo servil y adaptado al sistema económico entonces corriente se confió originariamente al sacerdocio, y se erigió una iglesia sobre la necesidad de subordinar el misticismo al poder y de justificar las acciones de la clase gobernante. El proceso de persuasión es mucho más que la educación que condiciona la mente para recibirlo, y recorre toda la gama de la mística nacional. La educación ha cesado hace mucho de ser el monopolio de la Iglesia, excepto en rincones aislados del mundo. En lugar de la organización religiosa al servicio del Estado, y transformada a veces en un Estado paralelo o incluso en dueña del Estado secular, se ha construido, en palpable imitación de los países totalitarios, un partido hegemónico a cargo de las verdades sagradas (económicas o sociales) que posibilitan el éxito del sistema. El sistema partidario del totalitarismo se aproxima al de la vieja Iglesia, pero no tiene ninguna diferencia con el múltiple proceso que ha recibido el mote de "Establishment" en países donde existe una diversificación de poder, y este último puede contener a muchos partidos e intereses en conflicto dentro de una sola "iglesia".

La vieja Iglesia, y estas neoglesias, pueden ser Estados dentro de Estados, superestados, incluso Estados supranacionales. Su reacción ante el Estado mismo, y su interacción recíproca, es la esencia de lo que pasa por política. Sus disputas pueden transformarse en tensiones y hasta en guerras. Estas guerras pueden incluso seguir a veces las líneas de la guerra de clases, que ha trazado su surco a través de la sociedad, pero no produce victorias o derrotas para la clase trabajadora, sino sólo desastres. Pueden impedirse las divisiones extemporáneas, tal como el dominio papal petrificó al Sacro Imperio Romano mucho tiempo después de su deceso. Países tales como España conservan aún, como dinosaurios en hielo, una aristocracia y una clase feudal que luchan contra el capitalismo invasor.

En forma similar, la moralidad judeocristiana fue preservada fuera de su época, aunque modificada adecuadamente para adaptarla al código penal o los hábitos comerciales. (Una notable excepción la constituye, por supuesto, el mandato a los hijos de la luz, de emular la práctica de la disposición fraudulenta mientras se hace de depositario. *Lucas*, 16. El juez de hoy que reverencia la Biblia, que ama el dinero tanto como cualquier fariseo, sería igualmente severo a este respecto -pero se trata, lamentan los eruditos, de un pasaje difícil de traducir-) En general los teólogos se las han arreglado para

reconciliar los preceptos morales de la Biblia con una sociedad que ultraja a la justicia natural y al decoro y los sustituye por las leyes de propiedad. Así, son capaces de invocar a la divinidad como autoridad idealizada, motivo por el cual dijo Bakunin que “si Dios no existiera, sería necesario destruirlo”.

El Estado nacional, que comenzó siendo una carga sobre la sociedad, se elevó por obra de las concepciones idealistas -que sostuvieron que deriva de Dios o, si no, de la necesidad-, y se trató de demostrar que las obligaciones respecto de él pertenecen “al orden natural de las cosas”. El culto del nacionalismo deriva de la necesidad de reforzar el sentido del deber hacia el Estado, tal como lo hace la religión establecida. El Estado nacional es idealizado por el nacionalismo, y se lo muestra bajo una luz favorable frente a los demás Estados nacionales. Este nacionalismo es un ideal inventado que complementa o sustituye a los ideales religiosos (o no religiosos; por ejemplo, el partido o el Establishment). Equivale a enmascarar la abstracción del Estado, que no suscita ni puede suscitar amor, mediante el concepto de la familia idealizada de la raza o la nación.

El sentimiento de superioridad que una raza podría experimentar respecto de otra por razones históricas o puramente ficticias, o la inferioridad que se experimenta (habitualmente por razones económicas), se confunden deliberadamente con la inclinación natural que todos tenemos hacia los pueblos o lugares que conocemos mejor. Se lo institucionaliza transformándolo en un culto, no meramente del nacionalismo sino de un Estado.

El nacionalismo es una emoción artificial. Trepa en torno del Estado como la hiedra, como un parásito sobre otro parásito. Si no dispone de un Estado en torno del cual pueda enroscarse, el nacionalismo se agosta; el lenguaje se transforma en dialecto y la nacionalidad en provincialismo, pues el nacionalismo es una criatura del poder. El racismo, no en su sentido periodístico habitual sino en el de las tradiciones folklóricas y étnicas de determinados pueblos, es una planta de crecimiento más difícil, y florece a menos que el Estado tome medidas positivas para erradicarlo.

Puesto que la creación de un Estado multirracial o supranacional lleva a la constitución de un imperio (superestado), ocurrirá contra él una reacción de indudable carácter progresista, sobre la base puramente idealista de la raza, la nación o la diferencia de religión. Tal reacción ayudará a debilitar el baluarte del Estado y quebrará la secuencia de orden-y-obediencia, pero será sólo progresista, a la vez que infructuosa. Se dice que la esperanza es un buen desayuno pero una magra cena. Otro tanto ocurre con la lucha por la independencia nacional. El nacionalista forma un nuevo Estado pero continúa con los viejos modos de explotación económica. Al obtener el consentimiento popular a las formas de dominio, el nuevo Estado legitima la opresión. Sin embargo, persiste a menudo el espíritu de rebelión, aunque el nacionalismo triunfante haya tomado su funesta trayectoria.

Todas las formas de explotación económica surgen de la división entre las clases y del hecho de que se le robe al hombre el pleno valor de su trabajo. El sistema moneta-

bién existía aquí entre el movimiento anarquista antiguo y el nuevo, porque los jóvenes querían hacer cosas aquí y ahora. Los otros eran más cautos a la hora de actuar y no eran muy simpatizantes de la acción directa. En el caso de Esgleas y Montseny, comprometía su posición con respecto al gobierno francés y les ocasionaba problemas con la policía. Llevaban una existencia bastante cómoda que no querían perder.

-¿Cómo funciona la relación entre los métodos, objetivos y fechas?

-Bajo mi punto de vista era una organización que funcionaba bastante sobre la marcha. Yo era muy joven, acababa de cumplir los 17 años, no sabía hablar español y no tenía ningún conocimiento de lo que estaba sucediendo, así que tenía que fiarme de lo que me contaban. No tenía opinión crítica, lo que en algunos casos era una ventaja para la organización, pero para mí personalmente era una desventaja ya que no tenía conocimientos en lo referente a la estrategia y además, algunas de las personas involucradas no eran de fiar. Concretamente dos de ellos eran informantes de la policía, pero esto lo descubrí más tarde. No había forma de que lo hubiese sabido en aquel momento.

-¿Qué piensas de los españoles en el exilio, no sólo de la gente que formó parte de DI, sino de todos los anarquistas que vivían en Francia? Con sólo 17 años debió ser para ti una relación peculiar.

-A los que conocí antes de ir a España me impresionaron mucho. Era gente muy agradable, pero sobre todo eran personas que habían vivido una experiencia extraordinaria, personas que entre 1936-1937 habían llevado a cabo un experimento social como el que se dio a principios de la Revolución Rusa; quizá incluso más profundo que el de la Revolución Rusa. En fin, yo les admiraba y me llevaba muy bien con ellos. Sentí una gran simpatía hacia todos los españoles que conocí.

-¿Y tu primera misión en España?

En realidad la primera y la única, que fue transportar explosivos para entregárselos a Fernando Carvallho Blanco, cuyo objetivo era atacar contra Franco en el estadio Santiago Bernabeu. En aquel momento yo no sabía para qué se iban a utilizar, no sabía nada sobre el atentado, mi trabajo era exclusivamente como correo. Había más británicos involucrados, yo no era el único, otros ya habían hecho aquel trabajo antes que yo, ingleses, escoceses, italianos... Pero aparte de los franceses y los italianos, creo que los ingleses eran los que más habían participado en misiones concretas.

-¿Cómo fueron los primeros momentos tras tu detención? ¿Cuál fue la repercusión internacional y cómo le das la noticia a tu familia?

-Me detuvieron un lunes o un martes, pero la prensa no se hizo eco de ello hasta el sábado siguiente. La primera noticia que tuvo mi madre fue cuando aparecieron los periodistas en la puerta de su casa; la dijeron que su hijo había sido detenido en España y que estaba retenido en la DGS. Al principio ella no se lo creyó, pero finalmente la convencieron. Entonces fue a ver a un miembro del Parlamento local y comenzaron a organizar una campaña de apoyo con la información que conseguían a través del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid. Entre ese mismo día y el domingo, se organizaron manifestaciones en distintas capitales de todo el mundo: Nueva York, París, Lon-

han sido olvidadas durante generaciones por eso nosotros sentimos la profunda obligación de recordar y la responsabilidad de rendirles el justo homenaje que merecen.

Ahora, treinta años después de la muerte del dictador fascista, la batalla por la recuperación de la memoria histórica y la recuperación de la dignidad todavía está por ganar. A parte de la necesidad de revisar el caso de Delgado y Granado, los dos jóvenes anarquistas asesinados por el régimen en 1964 por un crimen que no cometieron, hecho que ahora conocemos con absoluta seguridad, por lo que nuestro deber es la rehabilitación moral y judicial² de todas las víctimas de la represión franquista.

Muchas gracias

Stuart Christie

Entrevista a Stuart Christie en Hastings (Inglaterra). Extractada de CNT nº 307, diciembre de 2004

-¿Por qué te relacionas a los 14 años con el movimiento anarquista?

-En Glasgow hay una tradición anarquista muy arraigada que se remonta a 1890 y que fue particularmente fuerte en el cinturón industrial de la ciudad y en la comunidad minera. También participé en el *Comité 100* (campana para el desarme nuclear) que se basaba en la acción directa contra los submarinos norteamericanos Polaris, que se encontraban en Escocia.

-¿Cómo contactas con el MLE?

-Al estar en continuo movimiento entre Londres y Glasgow, tomé parte en la fundación de la Federación Anarquista Británica. En aquella época entré en contacto con FIJL en Londres, algunos de cuyos miembros pertenecían al DI y me ofrecí voluntario para participar en cualquier acción que se llevara a cabo. Al cabo de un par de meses se contactaron conmigo para informarme que se preparaba una acción y si estaría dispuesto a participar en ella.

-¿Conocías a alguien en particular de DI con quien hablaras para llevar a cabo acciones en España?

-La persona clave con quien hablaba era Salvador Gurruchagui y también con uno de los miembros del comité del DI que vivía en Londres. Se pusieron en contacto conmigo y me dijeron que si quería ir a Paris. Allí conocí a Octavio Alberola y a otros miembros del DI. Fue entonces cuando comencé a hacer de correo, introduciendo explosivos en España.

-¿Sabiais algo de la división de los distintos sectores de la CNT? ¿Los problemas con Germinal Esgleas y los problemas de los jóvenes por tener un espacio?

-Sí, sí, éramos totalmente conscientes. No era un problema exclusivo de la CNT, tam-

² Sorprende y rechazamos semejante reivindicación. Un reclamo *judicial* implica intrínsecamente la aceptación de la institución y de la mentalidad *policial*. (Nota de los editores)

rio no es una mera forma de intercambio ni es propiamente una ciencia, sino un fraude perpetuado por el Estado para legitimar la pobreza. La economía capitalista es una mística y no una ciencia. La ciencia llamada economía o economía política, escribió Herbert Read “es la desgracia de una civilización tecnológica. No ha logrado producir ninguna ciencia coherente de la producción, distribución y consumo de los bienes que proliferan a raíz de la producción mecánica. No ha podido darnos un medio internacional de intercambio exento de las fluctuaciones y desastres del patrón oro. Está dividida por la tumultuosa acción de sectas rivales y dogmas irreconciliables, que sólo pueden compararse con las ociosas discusiones de los escolásticos en la Edad Media”.

Despojada de sus elementos esenciales básicos y desnudada de sus ideales –“tenemos otra palabra para reemplazar a los ideales: mentiras”, dijo Ibsen-, la economía política es una apología de la guerra civil, en la cual una clase tiene el poder económico y político y la otra está sometida. Si esta última se rebela, debe luchar. Puesto que se ha sometido y sufrió un procesamiento mental en el plano colectivo e individual, se produce cierta confusión en la línea divisoria y se concede una cláusula de escape mediante la cual algunos individuos pueden atravesar ocasionalmente las barreras de clase y ser aceptados del otro lado. Por ende, se distorsiona el deseo natural de automejoramiento y se nos induce a creer que la posición que alguien ocupa en la sociedad constituye la prueba de sus capacidades, más bien que del valor que tiene como explotador o de la mera buena suerte.

Las personas de espíritu conservador temen la división y la consideran equivalente a las luchas fratricidas del Estado nacional, más bien que a la tarea multiseccular de tratar de liberarse de las instituciones opresoras. Durante siglos los pueblos ensayaron la resistencia no violenta -o “insolencia muda”, como la llamó el ejército-. (La participación entusiasta lograda mediante manipuleos es un invento moderno, aunque estaba implícita en el “pan y circo” de la antigua Roma.) Pero no basta la resistencia no violenta. No tiene ningún efecto duradero, aunque se transforme en resistencia armada. Un liberal con un revólver sigue siendo sólo un liberal. La resistencia es un comienzo, pero no es suficiente. Todo lo que logra es quebrar la secuencia de orden-y-obediencia. Pero la resistencia sólo llega a ser efectiva cuando lleva al quebrantamiento de la autoridad, que temen los autoritarios, y que se confunde deliberadamente con el quebrantamiento de todo orden.

Éste es el supuesto -es decir, que el dominio de la ley impide el desorden- que cuestiona el libertario revolucionario, y ese es el motivo por el cual se lo estigmatiza con el nombre de anarquista. El anarquista cree que la ausencia de gobierno (anarquía) equivale a la libertad. El no anarquista supone que la ausencia de gobierno lleva a innumerales desórdenes que se vinculan normalmente con la debilidad o división del gobierno, situación en la cual ocurren los mismos males que en el caso de un gobierno fuerte, pero falta la restricción unificada.

El anarquismo revolucionario no es algo distinto de la lucha de la clase trabajadora. Al definir un movimiento laboral, no vemos ninguna libertad donde haya explotación y

ningún socialismo donde falte la libertad. Estamos en favor de la igualdad sin burocracia, y de una victoria de las masas sin que exista una facción dominante, vieja o nueva.

Los miembros de espíritu generoso de la generación más joven de la burguesía se inclinan aparentemente más a estar con nosotros que contra nosotros; pueden ejercer su derecho de apartarse de la estirpe de las ratas y renunciar a sus privilegios de nacimiento o a la riqueza vinculada con éste. Nosotros no teníamos por nuestra parte nada a que renunciar, excepto las ilusiones del deber con que se ha aherrrojado al hombre.

Si ahora tenemos un poco más que perder que las meras cadenas, tanta mayor razón para asegurarnos la victoria. Si la clase dominante considera necesario volver a conquistar a sus súbditos (como en España), nos quitaría incluso ese poco que tenemos.

Violencia y terrorismo

Todos deploramos la violencia recíproca. La mayoría de la gente, lo admita o no, está condicionada por los medios de masa, la neoglesia, y deplora el tipo de violencia que el Estado deplora, y aplaude la violencia que el Estado practica. Encantadoras señoras de edad, incapaces de trastornar los sentimientos de un gato sentado en una silla que ellas desean ocupar, exigen vehementemente que se azote, cuelgue y destripe, a veces incluso a simples manifestantes. La ley de Lynch¹ no es “anarquía”. Es ese grado de ley más allá del Estado, al cual puede llevar el pensamiento autoritario. El Estado mismo puede apelar a las juntas de vigilancia o a los asesinos fascistas, o dar carta blanca a la policía cuando ve eludida o burlada su autoridad, o cuando parece que el aparato estatal resulta insuficiente. Si no lo hace así, surge la ley de Lynch. Sin embargo, las mismas personas, desde las indignadas ancianas hasta los linchadores y los fascistas, se sentirán moralmente heridos por el asesinato, puesto que los medios de masa no los han preparado para ello.

Después de la Primera Guerra Mundial, cuando la prensa apenas había cesado la campaña contra la reincorporación de los objetores de conciencia en sus puestos, éstos deploraban la “violencia” de los trabajadores que ocupaban las fábricas en Italia. Saludaron con alegría la violencia de masa de Mussolini, y deploraron como violentos los intentos de asesinarlo. Como para el objetor pacifista de conciencia el criterio era la “violencia” y no la libertad, los hombres que trataban de matar a Mussolini estaban “a la misma altura” de los fascistas -“utilizaban los mismos métodos”-. Sin embargo, el sentido común mostraba que quienes estaban más cerca de Mussolini no eran los que trataban de asesinarlo, sino aquellos que, porque deploraban la violencia, trataban de tranquilizar a la población y preferían más bien cooperar que resistir; los que, aunque

¹ Ley de Lynch: ejecución tumultuosa de un reo sin proceso; linchamiento. Debe su nombre a un colono irlandés de Carolina del Sur (EE.UU.) del siglo XVI, que fue jefe de justicia. (Nota de los editores)

Su primera acción fue el secuestro de un banquero español afincado en París, Baltasar Suárez. El objetivo de estas acciones era la excarcelación de los prisioneros políticos del régimen franquista, gente que incluso bajo la ley franquista debían haber sido liberados hace tiempo.

Los secuestradores también pedían la devolución del material y el patrimonio de la CNT incautados por el franquismo en 1939. El pago pedido como rescate fue realizado y Suárez fue liberado diez días después sano y salvo. La policía francesa detuvo a nueve anarquistas españoles, franceses, ingleses, escoceses en París y en el sur de Francia. Entre ellos fueron detenidos Octavio Alberola y su pareja Arian Gransac. La policía francesa gracias a la información proporcionada por la policía secreta franquista y la Brigada Política Social detuvo a 22 anarquistas en España.

Las últimas víctimas asesinadas por Franco fueron tres integrantes del GRAPO y dos etarras. La repulsa hacia estos asesinatos provocó una oleada de protestas y atentados a nivel mundial.

Finalmente, el 19 de noviembre de 1975, fueron desconectados los tubos que mantenían a Franco con vida, hasta que todos los cabos para el cambio de régimen estuviesen preparados. Así pues, este hombre antes diabólico, pero ahora una figura gastada y decrepita, finalmente murió en la madrugada del 20 de noviembre.

Ironías, ese día era precisamente el aniversario de la muerte de Buenaventura Durruti, muerto 29 años antes.

La primera actuación oficial del nuevo rey: Juan Carlos de Borbón fue presidir el entierro de Franco en el Valle de los Caídos, el mausoleo que construyeron en la montaña los presos políticos del franquismo.

El único presidente de Estado que acudió al funeral fue el dictador y general chileno Augusto Pinochet. Las plegarias fueron leídas por el primer ministro Carlos Arias Navarro, “el carnicero de Málaga” y artífice de la represión franquista desde los sesenta - un criminal de guerra de primera magnitud. Arias Navarro leyó el testamento político de Franco, donde éste realizaba un llamamiento a la lealtad de los españoles hacia su sucesor y pedía una constante alerta contra los “enemigos” de España y de la civilización cristiana.

Como ya he dicho, el traspaso de poder se realizó sin ninguna fisura. Ninguno de los ejecutores del poder de Franco, como Eduardo Blanco, el jefe del aparato de seguridad, Carlos Arias Navarro o cualquiera de los miles de personas responsables de las barbaridades y el expolio legal efectuado sobre España y sobre sus gentes desde 1939, jamás fueron llevadas ante la justicia. Incluso ahora, 30 años después de la muerte del dictador, nunca se ha hecho responsable a nadie de los crímenes del régimen franquista.

La última estatua de Franco puede haber desaparecido pero aun queda la memoria dolorosa de las incontables víctimas de él y su régimen.

Nosotros tenemos una deuda con los valientes hombres y mujeres que lucharon, sufrieron, murieron y entregaron sus vidas por la causa de la libertad y la resistencia frente al régimen de iglesia, represión y prisión que Franco había impuesto. Sus muertes

lizaron 25 ataques contra la propiedad. Los objetivos eran siempre instituciones represivas estatales como las embajadas de los regímenes dictatoriales, en particular del régimen franquista.

Fui arrestado en ocho de aquellos arrestos y acusado de pertenecer a la Brigada de la Cólera, pero fui absuelto de esta acusación después de cumplir 18 meses en una prisión británica.

En enero de 1972 el Movimiento Ibérico de Liberación-Grupos Autónomos de Combate (el MIL-GAC) realizaron sus primeras acciones en Barcelona. El MIL-GAC se había constituido unos meses antes por un grupo de jóvenes libertarios con base en Barcelona, cuyo objetivo era combatir el creciente terror policial que caracterizó los últimos años de la dictadura fascista. El MIL-GAC realizó también atracos en el sur de Francia y en España.

En un período de ocho meses aproximadamente, el grupo realizó una serie de atracos en bancos del norte de España cuya recaudación ascendió a seis millones de pesetas.

En septiembre de 1973 la policía arrestó a Salvador Puig Antich, un militante de MIL-GAC que acababa de llegar a Barcelona procedente de Londres donde había militado en la Cruz Negra Anarquista y en el Centro Ibérico. Fue juzgado en un consejo de guerra y a pesar de las protestas diplomáticas mundiales que se realizaron Puig Antich fue ejecutado a garrote vil en el patio de la prisión modelo de Barcelona el 2 de marzo de 1974.

Justo dos meses después, el 3 de mayo de 1974, nació un nuevo grupo anarquista, el GARI (Grupos de Acción Revolucionario Internacional).

le atribuye 25 atentados. Los daños causados por las bombas se limitaron mayormente a propiedades materiales, aunque una persona fue ligeramente herida en un ataque.

El 20 de agosto de 1971, la policía realizó un allanamiento en el 395 de Amhurst Road, en el barrio londinense de Stoke Newington, arrestando a los cuatro ocupantes de la casa y secuestrando 60 rondas de munición, un revolver Browning y una pistola Beretta (supuestamente usada en un ataque a la embajada norteamericana en 1967), además de una bolsa de plástico con 33 barras de gelignita, detonadores, una duplicadora manual y una imprenta para niños que eran utilizados para producir los comunicados del grupo, por los cuales difundían sus acciones y motivos.

“Si no estas ocupado naciendo estas ocupado comprando. (...)En moda, así como en todo, el capitalismo sólo puede ir hacia atrás -no tiene otro lugar adonde ir- esta muerto.

El futuro es nuestro La vida es tan aburrida que no hay nada que hacer más que gastar todo nuestro sueldo en la última falda o camisa.

Hermanos y hermanas, ¿cuáles son sus verdaderos deseos?”

Las acciones de la Brigada finalizaron con uno de los juicios políticos más largos de la historia inglesa, extendiéndose desde el 30 de mayo de 1972 al 6 de diciembre del mismo año. Como resultado del juicio John Barker, Jim Greenfield, Hilary Creek y Anna Mendleson recibieron una sentencia de 10 años de prisión. Otros acusados fueron dejados en libertad tras ser encontrados inocentes, incluyendo al editor de “Bandera negra” Stuart Christie. (Fuente: <http://www.spa.anarchopedia.org>)

no eran fascistas, sentían que cualquier cosa era mejor que la “violencia” revolucionaria. Con todo, ésta hubiera sido de carácter individual; la violencia fascista era de masa.

Para nosotros *existe*, pese a la actitud escéptica y burlona de los pacifistas, una distinción entre *nuestra* violencia y la de ellos. Nosotros admiramos al rebelde que trató de asesinar a Mussolini o a quienes lograron frente a una multitud encolerizada matar al rey de Italia, al presidente de Francia, al zar de Rusia. Es posible comprender la acción de un hombre contra un tirano. Nos resulta imposible percibir un paralelo entre esta violencia y la que utiliza el Estado: los asesinatos de los campos de concentración, las muertes lentas en Siberia, los asesinatos judiciales, el uso de escuadras fascistas para eliminar a los oponentes políticos, el pelotón de fusilamiento, los bombardeos en masa, el uso de métodos de exterminio en gran escala.

Un militar retirado, que puede haber enviado a miles de personas a la muerte, se sentirá moralmente herido frente a un ejercicio no violento tal como la ocupación de casas por intrusos, y escribirá a los diarios condenando ese acto como “violencia”. Su violencia era legítima, de modo que él no la considera violenta. Una demostración callejera que obstruyera el paso de su automóvil no sería legítima. Prorrumpen en invectivas contra la *violencia*. Lo que realmente le perturba es la *legitimidad*. La violencia legítima es un monopolio del Estado, pues es éste quien dicta las leyes. Al revolucionario no le resulta posible apartar a la gente de una apatía inducida deliberadamente, manteniéndose dentro de un marco aceptable para la policía urbana o la prensa capitalista. Tampoco hay ninguna manera de rebelarse con discreción, de desafiar la opinión pública pero tratando de no ofender la concepción que la gente tiene del buen gusto. Ni puede uno cambiar la base económica de la sociedad con gestos de aprobación por parte de los jueces y magistrados.

No existió ningún medio de esta clase en la Alemania nazi. Tampoco es posible en la Rusia de hoy. No se lo conoce en Inglaterra. En este país se permite la persuasión amable, pero sólo en términos que la hacen ineficaz. Se puede cosquillear al público con plumas, cuando lo que necesita, para utilizar la expresión de Heine, es un violento golpe en las costillas con un poste de farol. Se han institucionalizado las protestas tradicionales no violentas, tales como las de Aldermaston². Sus protagonistas entrarán en el debido momento en el gobierno. Sin embargo, la prueba de las demostraciones no consiste en si son o no violentas. Ese es un criterio introducido por la tradición socialista cristiana y heredado de ella por la “nueva izquierda”. No es una prueba revolucionaria, que consiste en cambio en si tales demostraciones perturban o no la cadena de obediencia mediante la cual se transmiten y obedecen las órdenes.

² *Aldermaston*: nombre de la central de ensayos nucleares de Berkshire. En la década de 1950, los pacifistas realizaban en la semana de Pascua marchas de protesta contra la bomba atómica, la primera de las cuales fue de Londres a Aldermaston y las siguientes al revés. Estas marchas adquirieron luego una gran significación política, y sus organizadores se dividieron con posterioridad en pacifistas ortodoxos, nueva izquierda y anarquistas. (Nota de la edición de Proyección)

El uso de la fuerza es incoherente con la libertad y cuanto más emplea un régimen la violencia, tanto más represivo es. Sin embargo, la resistencia a la fuerza es el primer elemento esencial para lograr la libertad, aunque uno tenga que emplear la violencia para alcanzarla. La violencia practicada por el Estado es la antítesis de la libertad, porque constituye el medio por el cual se mantiene el dominio. Si uno sólo puede resistir la imposición de las órdenes del Estado mediante la violencia, entonces la violencia debe ser un prerrequisito de la libertad, por más rótulos de ilegitimidad que se le pongan.

Ningún crimen cometido en la historia de la raza humana puede igualar a los crímenes de los gobiernos. La gente está tan aterrorizada por el capitalismo y el Estado, que se halla preparada para creer que las leyes que se le imponen son necesarias para su propia existencia. Cuando resulta claro que esas leyes amenazan a la sociedad, se pretende que en la situación hay implicado algo ilegal. Por ejemplo, enfrentado con la aniquilación de los judíos alemanes, el constitucionalista no puede soportar tener que admitir que todas las operaciones, desde la táctica parlamentaria de Hitler en el logro del poder hasta las leyes aprobadas por el Reichstag y debidamente aplicadas por la judicatura, fueron en su momento perfectamente constitucionales.

Si un gobierno fascista o comunista de Estado lograra el poder parlamentario en este país, o fuera legitimado a continuación de su usurpación violenta, actuaría la misma fuerza policial que hoy existe. Sus funcionarios no sacrificarían el sueño de una noche, por no hablar de la jubilación, pensando en *nuestro* destino -sin embargo, los medios de masas nos piden afligirnos por P. C. Jones cuando lo zamarrean los manifestantes-.

Pero el código moral inventado por la neoglesia no es más coactivo para los revolucionarios que lo que era el código religioso inventado por la vieja iglesia para la burguesía, una vez que ésta rechazó su autoridad. “La opinión pública”, ese bien comerciable creado por el poder, se impresionaría ante cualquier acto individual de un revolucionario. Por más despótico que pudiera ser un tirano (y aunque se tratara de un rival) se verterían lágrimas por su llorosa esposa y sus afligidos hijos y se pronunciaría una homilía sobre la futilidad de la violencia. No se diría nada de sus víctimas. Forma parte de la naturaleza del Estado que las víctimas de los tiranos sean numerosas, y la del tiranocida una sola, pues el maníaco del poder no puede preocuparse por quién o qué se atraviesa en su camino. Los escrúpulos son para él una desventaja, aunque pueda aprovechar los escrúpulos de los demás para su propia ventaja, cosa que ciertamente hará.

Si por ejemplo al ejecutar un golpe contra el más vil de los autócratas, tal como ocurrió cuando se arrojó una bomba al rey de España en su día de bodas, se hiriera accidentalmente a un lacayo, la prensa se sentiría “ultrajada”, aunque esa misma prensa no logró comprender la falta de patriotismo manifestada por los españoles que objetaron la matanza en masa de la guerra de Marruecos. En 1910, durante un “ultraje” ocurrido en Tottenham, se asesinó de un tiro a un muchacho, sea por obra de los perpetradores o de la policía, sin duda por accidente. Nada pudo igualar el horror de la prensa hasta

protesta contra la política de los EE.UU. de dar apoyo al régimen de Franco, el mismo papel que jugó durante la guerra de Vietnam y las intervenciones realizadas en los países del tercer mundo.

En noviembre, tras la muerte del Che Guevara en Bolivia, el grupo Primero de Mayo organizó acciones simultáneas de solidaridad dirigidas contra las embajadas griega, bolivariana, española y norteamericana en Bonn y en La Haya y contra la embajada Venezolana en Roma.

En marzo de 1968 el grupo Primero de Mayo puso en marcha una nueva serie de acciones directas por toda Europa bajo el nombre de Movimiento Solidario Internacional Revolucionario. El 3 de marzo de 1968, diversos artefactos explotaron en las embajadas española, griega y portuguesa y en los edificios militares norteamericanos situados en Londres, La Haya y Turín. Pocos días después el grupo lanzaba un ataque contra las oficinas de una multinacional norteamericana en París, de todas estas acciones se responsabilizó el Movimiento Solidario Internacional Revolucionario.

El nacimiento de una serie de movimientos de protesta protagonizados por estudiantes y trabajadores en 1968 fue un golpe de aire fresco para el ímpetu del movimiento anarquista en activo y provocó la radicalización de la gente más joven.

La oposición a la guerra de Vietnam fue la razón original del movimiento estudiantil pero también influyeron muchas otras cosas, como el surgimiento de las guerrillas por toda Latinoamérica, el movimiento norteamericano por la defensa de los derechos civiles, el movimiento ácrata en España y por encima de todo, el rechazo a las estructuras represivas y a las injusticias provocadas por el capitalismo y el comunismo.

A través de la red de contactos que por toda Europa tenían, el grupo Primero de Mayo extendió la necesidad de una revolución urgente y el sentimiento de solidaridad llevando a cabo acciones con otros grupos activistas libertarios.

Muchas de estas acciones iban dirigidas hacia edificios diplomáticos internacionales y instituciones financieras del régimen franquista y, en particular, los intereses turísticos de los cuales el régimen dependía. En marzo de 1970 tres jóvenes anarquistas españoles fueron arrestados y acusados del secuestro de Antonio Garrigues, delegado franquista en la UNESCO.

Dos meses después el grupo Primero de Mayo preparó un artefacto incendiario no letal en aviones de Iberia en diversos aeropuertos europeos, y advirtiendo a las autoridades con antelación.

El grupo Primero de Mayo jugó un papel muy importante y tuvo mucha influencia en el desarrollo de otros grupos libertarios por toda Europa.

Uno de estos grupos en concreto fue la Brigada de la Cólera¹. Se trataba de un grupo de activistas libertarios que operaron entre 1970 y 1971, usando bombas y pistolas rea-

¹ La Brigada de la Cólera (Angry Brigade) fue un grupo inglés de guerrilla urbana de *tendencia* anarcocomunista, responsable de una larga serie de atentados con bombas en el Reino Unido entre 1970 y 1972. Fuertemente influidos por las ideas anarquistas y situacionistas, sus objetivos incluyeron bancos, embajadas y las casas de varios diputados conservadores. En total, la policía

1964 en Madrid, con los explosivos, los detonadores y las instrucciones para mi contacto en Madrid, cuyo nombre era Fernando Carballo Blanco. Ambos fuimos juzgados en consejo de guerra y yo fui condenado a 20 años y un día, mientras que Fernando fue condenado a 30 años y un día.

Al principio fuimos enviados a Carabanchel, donde estuve con Fernando durante algunas semanas antes de que a él lo enviaran a otra prisión a cumplir su condena. Yo permanecí en Carabanchel hasta 1967 cuando un intento de fuga organizado por Luis Andrés Edo fue descubierto y a mi me trasladaron a la prisión de Alcalá de Henares.

Fue durante el tiempo que permanecí con Fernando Carballo Blanco en Carabanchel cuando me enteré que el atentado contra Franco iba a realizarse en el estadio de fútbol del Santiago Bernabeu.

Los mayores cambios ocurridos dentro del movimiento libertario tuvieron lugar mientras yo estaba en prisión. Estas acciones que habían comenzado teniendo un objetivo estrictamente antifranquista, se convirtieron en acciones de solidaridad internacional con los pueblos oprimidos de África, Asia y Latinoamérica.

A finales de abril de 1966 se produjo el secuestro de monseñor Marcos Ussia, un eclesiástico español perteneciente a la embajada española en el Vaticano. Las noticias del secuestro fueron divulgadas por Luis Andrés Edo en una conferencia clandestina en Madrid. El objetivo del secuestro era llamar la atención mundial sobre la situación de los prisioneros políticos del régimen franquista. Ussia fue liberado ileso 12 días más tarde. La autoría del secuestro fue reclamada por el Grupo Primero de Mayo, el grupo sucesor de D.I.

Desafortunadamente, en octubre del año siguiente, Edo y otros cuatro anarquistas que formaban el grupo Primero de Mayo fueron arrestados en Madrid, acusados de organizar el secuestro del comandante jefe de los Estados Unidos de América en España, el almirante Gillette, y de Argentina, el ex dictador general Perón.

De mis 20 años de condena, sólo cumplí tres y medio antes de la presión de los políticos y los medios de comunicación.

Sin embargo Fernando Carballo Blanco no tuvo tanta suerte y permaneció en prisión y no fue liberado hasta 1977. Fernando fue el último prisionero político del régimen franquista.

La intervención de Norteamérica en la guerra del Vietnam extendió su activismo sobretodo tras la masacre de mujeres y niños realizada por las tropas norteamericanas en MyLai.

Durante los siguientes cuatro años, el grupo Primero de Mayo continuó realizando este tipo de acciones tan espectaculares por toda Europa, en protesta del papel que Norteamérica jugó en Vietnam y por el apoyo que ofrecía a los regímenes dictatoriales, incluido el de Franco. En abril de 1967 miembros de un grupo realizaron un secuestro exprés de dos diplomáticos españoles en Londres.

Tres meses después el grupo Primero de Mayo disparó contra los coches de diplomáticos norteamericanos y la embajada de los Estados Unidos de América en Londres, en

cuatro años más tarde, cuando los alemanes asesinaron a muchos más, con intención más bien que en forma accidental. Los ingleses, por su puesto, hicieron lo mismo, pero esto fue “accidental” y la mala suerte les tocó a los civiles; excusa que difícilmente podría haberse formulado en el caso de los pistoleros de Tottenham. El horror ante la violencia, en este tipo de contexto, es pura hipocresía. Se objeta a personas que hacen individualmente lo que el Estado legitima en gran escala.

La profesión de fe acerca de la no-violencia que formulan en tiempos de paz todos los ciudadanos respetables, no debe confundirse con la no-violencia idealizada que sostiene el movimiento pacifista. Incluso en este caso, esta doctrina contiene algún elemento de hipocresía, pues si pensamos en líderes específicos del movimiento pacifista declarado, y aún excluyendo a los cuáqueros que prestan un servicio no combatiente en ocasión de una guerra imperialista, encontramos que la mayoría de ellos se oponen a todas las guerras hasta que encuentran una causa que puedan apoyar mediante la guerra. Pero nunca aceptarán la lucha de clases. El pacífico gandhista, en cambio, puede ser revolucionario pero es completamente autoritario. Quienes consideran que la violencia es el peor crimen del Estado -porque lo juzgan todo según su grado de violencia- pueden tener razón, pero de ello no se deduce en absoluto que si el Estado pudiera gobernar sin violencia -si la clase dominante pudiera conquistar sin la fuerza de las armas- esto sería lo mismo que la libertad.

Por el contrario, una clase samurai que pudiera imponer su voluntad mediante la autoridad moral y la persuasión amable no sería menos autoritaria que otra que necesitara utilizar la espada o el látigo. Podría ser menos intolerable vivir bajo el dominio de la primera. Pero no hay ninguna diferencia en lo que respecta a la compulsión que utilizan, entre un Gandhi y un Mao Tse-tung. Gandhi, mediante su persuasión moral, podría haber sido el dictador más efectivo.

La madre que dice a sus hijos: “No os castigaré, pero me habéis roto el corazón”, no es menos matriarcal que aquella que les da unas palmadas en un arrebatado de cólera y luego lo olvida. Aunque haciendo un balance uno prefiere el yogui al comisario, el primero sólo es inocuo mientras no le hace a uno el lavado de cerebro. Aquellos que mediante la persuasión moral y la virtud superior pueden inducir las virtudes ejemplificadas mediante la no-violencia, no nos dan libertad. Son nazis-faquires.

Ni el partido ni el ashram³ deberían estar en posición de asumir el gobierno en caso de derrocamiento de la sociedad capitalista. Si tuvieran que hacerlo, debería ser una empresa azarosa frente a un pueblo rebelde. La dictadura tendría que tomar siempre en cuenta el hecho de que el asesinato es su azar profesional. Los gobiernos de todo tipo tendrán que tomar en cuenta el hecho de la lucha de clases, pero raramente desean hacerlo, a menos que se trate de tiranías sin atenuantes o que representen a una clase aterrada por una experiencia revolucionaria traumática. Cuando un gobierno admite la existencia de la lucha de clases, se dice que existe un Estado Policial. La conquista so-

³ *Ashram*: especie de convento fundado por Gandhi con mujeres a las que adoctrinaba en la no-violencia. (Nota de la edición de Proyección)

cial, ya no disimulada, se realiza mediante la policía (o, si no hay ninguna tradición de burocracia estatal, mediante las fuerzas armadas que actúan en función policial). Cuando un Estado ya no necesita admitir este hecho brutal de existencia, no por ello cesa de emplear la policía: sin embargo, hace lo posible para que lo miren con mejores ojos, valiéndose de la persuasión de que dispone y asignando a la policía algunas tareas útiles para que se ocupe de ellas. La policía pasa a interesarse por el control del tránsito, por ejemplo, que por más socialmente útil que pueda ser, difícilmente se le encarga a una Gestapo recargada de tareas. Es como utilizar al ejército para que ayude durante las inundaciones.

Cuando el Estado se apoya en la conquista nacional así como en la conquista social (Francia ocupada, India inglesa) o cuando la conquista social es de origen reciente y de fuerza militar (la España de Franco), resulta esencial la existencia del Estado policial. Una vez que se ha aceptado en general el hecho de la conquista social, el Estado trata de persuadir a la comunidad de que él es parte de un orden natural e incluso de que su origen es divino.

Cuando la Iglesia era el custodio de los valores morales, su función consistía en persuadir a la sociedad de la legitimidad y divinidad de los gobernantes soberanos. La neoglesia, que utiliza los medios de masa y la nueva ciencia de la sociología y la psicología, ha asumido esta tarea. Nos demuestra que la rebelión es ilegal e incluso anticuada o que los revolucionarios odian a sus padres (a diferencia de la familia feliz, como la de los conformistas), y hasta llegará a probar, si se le da rienda suelta, que los criminales constituyen un tipo racial o que determinados tipos raciales son criminales. La desviación de los dogmas del Estado puede aparecer como una forma de degeneración. Si se les dan fondos suficientes, nos enseñarán a todos cómo podemos adaptarnos a una sociedad enferma.

Un psicólogo norteamericano ha estudiado los motivos de quienes trataron de matar a los presidentes de los Estados Unidos. Este tipo de estudio se está transformando en un nuevo deporte nacional. Ese psicólogo ha llegado a la conclusión de que se trata de un “deseo de inmortalidad”. Sin duda -pero ¿qué se oculta detrás del deseo de ser presidente?-. Muchos asesinos en ciernes encararon su acto “como un golpe de política nacional o de heroísmo patriótico”. ¿Cómo encaran *sus* actos los *presidentes*? Escapó por completo a la visión del psiquiatra que cuanto más grande es el tirano mayor es la necesidad de asesinato. Los rebeldes que trataron de matar a dictadores europeos pueden haber sido menos delincuentes que los pilotos que bombardearon Alemania e Italia. Estos últimos pueden haber enfocado sus asesinatos como política nacional y heroísmo patriótico -en ese momento se los alentaba fuertemente a hacerlo así-.

Pero, naturalmente, excede por completo el dominio del psiquiatra investigar las causas de la guerra⁴. El sociólogo no tiene tales escrúpulos y llegará incluso a dotar al Es-

⁴ Una extraordinaria visión de cuán joven puede ser a veces la mente científica fuera de su esfera específica puede tenerse leyendo el intercambio de cartas entre Freud y Einstein, acerca de

dena perpetua. Tales fueron las muestras de simpatía hacia los anarquistas que seis de ellos fueron absueltos de los cargos de secuestro.

El 29 de julio de 1963 un equipo formado por dos hombres de D.I. colocaron dos bombas en sitios clave de Madrid. Una en el edificio central del sindicato falangista, la otra, en las oficinas de los jefes franquistas de la Dirección General de Seguridad. Los dos hombre involucrados en estas acciones fueron Antonio Martín y Sergio Hernández, ambos regresaron sanos y salvos a Francia. Desafortunadamente, otros dos jóvenes anarquistas de D.I. se encontraban en Madrid en aquel momento, eran Francisco Granada y Joaquín Delgado. Se encontraban realizando los preparatorios para otro atentado contra Franco en ese mismo momento por las intermediaciones del Puente de los franceses, un punto de la ruta que solía utilizar Franco en sus traslados entre el Palacio del Pardo y el Palacio de Oriente para presentar los credenciales a los nuevos embajadores extranjeros.

Gracias a la labor realizada por el agente que había infiltrado la policía en D.I., posiblemente Jacinto Guerra Lucas, Delgado y Granada fueron arrestados en Madrid el 31 de julio acusados de haber realizado dos atentados con bombas. Fueron juzgados en un consejo de guerra que los sentenció a muerte en base a unas confesiones obtenidas bajo tortura. Seis días más tarde ambos fueron ejecutados a garrote vil en la prisión de Carabanchel en Madrid. Ellos eran inocentes de poner las bombas por las cuales fueron ejecutados.

Los asesinatos legales de estos dos jóvenes anarquistas fueron para mi, la gota que colmó el vaso y que, junto con la ejecución de Julián Grimau en abril, me llevaron a decidir ofrecirme voluntario para prestar servicios a las Juventudes Libertarias y a D.I.

En el año 1964 el régimen de Franco celebraba sus “25 años de paz” (la paz del cementerio). Las huelgas asolaban Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa y gran parte de zonas de la península. En Oviedo, al norte de España alrededor de más de 40.000 mineros de la industria del carbón y trabajadores metalúrgicos estaban en huelga. Muchos huelguistas habían sido arrestados y, según el testimonio de algunos reporteros, algunos de los mineros en Sama de Langreo habían sido torturados, castrados y uno de ellos había sido asesinado por las autoridades de la Guardia Civil.

Para mi no eran suficientes las manifestaciones de denuncia y protesta. Por alguna razón, hacer piquetes en las embajadas repartiendo panfletos y recogiendo firmas e incluso, ocupando embajadas y consulados no me resultaban suficiente. Quería hacer más y entonces tomé la decisión de ir a España.

Mi papel fue el de enlace, debía hacer llegar los detonadores y las instrucciones a los contactos en Madrid. Yo no sabía para que acción iban destinados y tampoco lo pregunté.

Sin embargo, la Brigada Política Social franquista lo sabía cuando yo llegué. Esto fue posible gracias a la información que recibieron de posiblemente Guerrero Lucas u otro infiltrado en las Juventudes Libertarias, Inocencio Martínez. El director de la B.P.S. en aquel momento era el general Eduardo Blanco. Yo fui arrestado el 11 de agosto de

El uso real de explosivos fue necesario porque de otra manera las amenazas nunca hubiesen sido tomadas en cuenta por los servicios de seguridad.

Estas pequeñas acciones como las explosiones en puentes, en barcos o en aviones eran las que se realizaban inicialmente. La tecnología era básicamente la misma y el riesgo similar. El problema era que dichas acciones eran bárbaras y antianarquistas puesto que podían poner en peligro vidas inocentes. Precisamente esa era la manera de actuar de los estados fascistas y de sus servicios secretos, de los fanáticos religiosos, ultranacionalistas y estalinistas pero no la de los anarquistas. En cambio, el objetivo de las acciones anarquistas era denunciar el verdadero carácter del régimen sin dañar o matar víctimas inocentes.

En agosto de 1962 tuvo lugar el primer atentado de D.I. contra la vida de Franco. El plan consistía en atentar contra Franco en su residencia de verano de San Sebastián, pero Franco no acudió y el plan tuvo que ser abortado.

Es importante destacar que de echo, ninguna de estas acciones realizadas por D.I. y por ninguno de los grupos que le sucedieron, como el grupo Primero de Mayo causaron muertes de inocentes. En mi opinión, los objetivos de D.I. no eran militares, sino que tenían como objetivo la concienciación social, moral y psicológica.

La estrategia anarquista no ambicionada aterrorizar a la población, sino aislar y provocar la caída del tiránico régimen debilitando la base sobre la que se asentaba su economía: el turismo y poniendo en duda su legitimidad política y diplomática, denunciando sus atentados contra los derechos humanos, mediante espectaculares, dramáticas y bien dirigidas acciones de propaganda.

Estas acciones, cuyo objetivo eran las propiedades privadas y las instituciones franquistas sin atentar contra personas -excepto el asesinato de Franco- eran acciones que se realizaban como último recurso, en respuesta del derrocamiento de la democracia por parte de Franco en julio de 1936 y la brutal impunidad del régimen que el impuso desde 1939. El asesinato de Franco, única persona capaz de unificar los intereses de los diferentes grupos, parecía ser el único modo de provocar el cambio.

Norteamericanos y británicos no creían que fuese posible un cambio de régimen, o al menos, no del régimen franquista y por eso no eliminarlo.

Las campañas de D.I. recibían el apoyo del movimiento anarquista internacional y muchas de las acciones realizadas dentro o fuera de España fueron llevadas a cabo por franceses, italianos, suizos y británicos. Se procedía de esta manera por razones de seguridad, ya que la mayoría de los militantes españoles se encontraban perseguidos por las policías francesa y española.

Una espectacular acción de solidaridad fue el secuestro en septiembre de 1962 del honorable viceconsul en Milán, el señor Isu Elías, a manos de jóvenes anarquistas. El secuestro fue consecuencia de la ejecución del anarquista español Jorge Cunill Valls, acusado de poner una bomba en el Valle de los Caídos.

Era tal la simpatía por los anarquistas italianos que todos ellos fueron absueltos de los cargos de secuestro. La sentencia a muerte de Jorge Cunill fue conmutada por ca-

tado impersonal de cualidades humanas, de la misma manera en que la Iglesia primitiva invocaba su divinidad. Se considera a un “país” como una persona real, con atributos antropomórficos. A los niños crecidos después de la Primera Guerra mundial les resultaba difícil comprender que los belgas no fueran necesariamente “pobres” ni “pequeños”; y después de la Segunda Guerra Mundial no fuera, de hecho, un “pequeño” país. Aun menos posible les era comprender que todos los norteamericanos no fueran ricos y poderosos. Cosa más importante, el término “agresión” aplicado a un acto nacional ha desorientado por completo a todo el mundo. Muchos reformadores creen que la “agresividad” provoca las guerras. Esta es una de las razones de que el deporte del boxeo reciba tantas críticas (especialmente por parte de aquellos que, como la baronesa Summerskill, comenzaron como pacifistas y luego, aunque políticamente comprometidos con la bomba atómica, terminaron no obstante en una posición opuesta a la “agresividad”). Sin embargo, el boxeador profesional tiene la suerte de transformarse en un cabo encargado del entrenamiento físico en tiempos de guerra -es más probable que a raíz de su agresividad se lo ponga en un lugar protegido-. No son los Rocky Marciano los que llegan a ser buenos soldados. El diplomático profesional humilde, con su sombrero hongo y su paraguas, que nos pide perdón si lo hacemos entrar de un tropezón en la escalera mecánica, embrollará a la nación en una guerra, y el funcionario estatal Eichmann es el prototipo de cómo se comportará entonces.

La mera “agresividad” de un Napoleón o un Hitler no podría provocar una guerra. Podemos encontrar personas semejantes a ellos en cualquier esquina. Lo que provoca la guerra es la docilidad de los más. La obediencia permite a los líderes seguir una trayectoria agresiva.

No fue “el carácter alemán” ni siquiera la ideología nazi lo que hizo que el ejército alemán se comportara en la última guerra de una manera que provocó resistencia. Fue la conquista misma, que resultó más obvia por el hecho de que el conquistador era extranjero, y más penosa debido a que era nazi. Los diplomáticos trataron de ocultar el hecho flagrante de la conquista creando “gobiernos legítimos” que ostentaban los viejos y gastados colores patrióticos. En la Rusia ocupada los alemanes tuvieron la oportunidad de ser considerados como libertadores, pero la ideología nazi consideraba al conquistador como una clase superior, y actuó de acuerdo con esa idea. Fue penosamente obvio en Ucrania que la clase dominante soviética había sido reemplazada por una clase dominante invasora que consideraba a los ucranianos como ilotas nativos. La ideología nazi impidió a Alemania ocultar el hecho palpable de un Estado Policial en armas.

A la resistencia se le asignó a todo lo largo de Europa una ideología nacional-patriótica, en gran medida por obra de los propagandistas con base en Londres, cuya

las causas de la guerra; fue una publicación poco divulgada de la década de 1930. Einstein apela en forma emotiva a Freud y le pide que utilice su ciencia para demostrar que la guerra era injusta, y Freud explica que es parte de la psique humana. Ninguno de los dos tenía la menor idea de su causa. (Nota de la edición de Proyección)

parte activa en la lucha consistía en pronunciar discursos radiales alentadores y fomentar intrigas con la diplomacia inglesa. En lo que respecta a quienes estaban en el lugar, la resistencia al Estado Policial era inevitable. El Partido Comunista, que hablaba en el leguaje de la lucha de clases del gobierno ruso, fue capaz de persuadir a los movimientos clandestinos de que estas dos cuestiones opuestas eran idénticas.

El Partido Comunista de hoy no niega enteramente que exista una lucha de clases, pero hace lo más que puede para adaptar sus términos a los del patriotismo nacional, puesto que esto sirve a los intereses del Kremlin. Los liberales, y habitualmente incluso los pacifistas, negarían que existe en absoluto una lucha de clases, actitud que nos parece extraña. Por más que nos oponamos a la guerra entre naciones, difícilmente pretenderíamos que no existe. Es difícil definir a una nación, y el imperialismo ha hecho que las líneas de separación resulten confusas. Tampoco se limitan las diferencias raciales a Estados nacionales en posición. Es muy deseable que no existan tales guerras. Sin embargo existen, pese a nuestra desaprobación. Es más difícil definir una guerra de clases porque hay un cierto grado de voluntarismo.

El Estado nacional puede decir, respecto de la guerra entre naciones, cuál es la ley, cuáles son sus súbditos y cuáles aquellos que, en un determinado momento, no considera como sus súbditos. Inclusive para la prensa una pretensión nacional basada en la raza, por oposición al poder, equivale a cometer una traición (como descubrió sir Roger Casement). A menos que el Estado elija, incluso la afinidad ideológica no se reconoce sino como traición (Joyce y Amery fueron colgados, aunque varios centenares de alemanes, empleados por los ingleses, habían cometido exactamente el mismo “delito” que ellos). La traición exitosa es imposible, porque entonces se transformaría en el patriotismo más elevado. Muchos de los “viejos bolcheviques” fueron ejecutados por “colaborar con el fascismo”, con excesiva anticipación cronológica. Todo esto forma parte del terrorismo de Estado.

Sin embargo, el Estado no puede admitir normalmente el hecho de la guerra de clases, porque esto equivaldría a otorgar sanción al contraterrorismo por parte del pueblo.

Una vez que está obligado, por la creación de un Estado Policial, a admitir el hecho de una guerra de clases, la respuesta es siempre la misma. Pudo verse en la Rusia zarista, cuando el Estado Policial fue objeto de oposición mediante actos individuales de protesta. Los actos de “terror” contra el Estado Policial español han anunciado al mundo que no puede haber ningún compromiso con el régimen de Franco.

La índole de estos actos provoca una alianza entre las fuerzas policiales “constitucionales y democráticas” y aquellas otras que sólo constituyen, evidentemente, una conspiración armada contra el pueblo. Hubo una entente entre la policía occidental y la de la Rusia zarista, cuando el Kremlin estableció una oficina de policía que combinaba la intriga diplomática, el espionaje y la actividad antirrevolucionaria, que con sus pródigos sobornos y el empleo de provocadores corrompieron todo lo que tocaban.

La tercera etapa, comprende desde 1960 hasta la muerte de Franco en noviembre de 1975. Sus protagonistas fueron una nueva generación de resistentes luchadores, los niños de la Guerra Civil. Estos hombres y mujeres no sólo se sentían inspirados por el ejemplo heroico de la anterior generación de luchadores, sino que además, se sentían esperanzados por las recientes victorias sobre los dictadores venezolano y cubano que hacían pensar que el tiempo de las dictaduras tocaba a su fin.

En marzo de 1960, un mes después de la muerte de Quico Sabaté, el D.R.I.L. (Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación) lanzó una campaña contra Franco y contra Salazar realizando una explosión en el Ayuntamiento de Madrid. A ésta le siguió el secuestro de un avión de la línea portuguesa SS Santa Maria en enero de 1961. El objetivo de estas acciones era movilizar a la opinión pública y las fuerzas de la oposición de España y Portugal contra los dos dictadores ibéricos.

A pesar de que el D.R.I.L. fue una organización antifascista no específicamente libertaria, numerosos anarquistas estuvieron involucrados en ella.

Inspirados por el ejemplo del D.R.I.L., el M.L.E. (siglas que englobaban la C.N.T. y la F.I.J.L.) crearon en septiembre de 1961, una organización clandestina llamada Defensa Interior (D.I.). Su función fue:

a) la realización de acciones que llamasen la atención mundial sobre el hecho de que la dictadura religioso-fascista impuesta por Franco hubiese sobrevivido a la II Guerra Mundial y que comenzaba a ser un lugar de turismo europeo gracias a la financiación diplomática y a la ayuda económica que los Estados Unidos de América les ofrecían; y

b) el asesinato del general Franco. El general Franco era la piedra fundamental del sistema. No había nombrado sucesor y el Ejército, la Iglesia, la Falange, los carlistas y el Opus Dei se encontraban divididos. Sin Franco, era posible esperar, que las fuerzas progresistas pudieran propiciar un cambio político.

La primera reunión de D.I. tubo lugar en marzo de 1962. Los miembros que asistieron de parte de C.N.T. y F.A.I. fueron: Germinal Esgleas, Vicente Llansola, Cipriano Mera, Acracio Ruiz (a quien yo había conocido en Londres), Juan Jimeno y Juan García Oliver.

En marzo de 1962 además, comenzó una campaña de D.I. con atentados en instituciones gubernamentales y propiedades privadas en Madrid, Barcelona, Valencia, Manresa, el Valle de los Caídos y en diversos lugares de Europa, incluido en Roma.

Debo decir que se trataba de acciones puramente simbólicas. Eran pequeñas explosiones que estallaban durante la noche o a la madrugada. Las bombas no eran potentes y no contenían metralla que pudiese causar grandes daños. Solían ser paquetes de cigarrillos o pequeños envoltorios de plástico que no tenían efectos expansivos.

Las líneas aéreas Iberia fueron también un objetivo, pero las cargas explosivas situadas a bordo no estaban muy elaboradas y no tenían detonadores. El único objetivo que se perseguía era retrasar los vuelos de y hacia España pero nunca causar daños o muertes.

vertido por las democracias occidentales, y concretamente por los Estados Unidos de América, en centinela de occidente.

A principios de 1964 me mudé a Londres donde comencé a involucrarme en el floreciente grupo anarquista de Notting Hill, y así entré en contacto con los anarquistas españoles exiliados del Movimiento Libertario Español (M.L.E.), nombre que engloba a la C.N.T., la F.A.I., la F.I.J.L. y Defensa Interior.

Quedé muy impresionado por el dinamismo de la segunda generación de españoles exiliados, la Juventudes Libertarias, y les propuse de involucrarme más y tomar parte en alguna acción directa del movimiento de resistencia antifranquista. Como ya he dicho al comenzar, mi estímulo había sido la ejecución de Joaquín Delgado y Francisco Granada el pasado agosto.

Para nosotros, la guerra civil española no había terminado el 1 de mayo de 1939. A partir de aquel día no hubo tregua para la guerrilla antifranquista en España, ya fuese rural o urbana.

Los medios de comunicación diarios nunca hacían referencia a esta guerra de guerrillas. Estos hombres y mujeres estaban escondidos bajo los adjetivos de “bandoleros”, “asesinos”, “ladrones” o “terroristas”. Todas sus acciones quedaban tergiversadas detrás de estas palabras. Maliciosos epítetos que sobre estos luchadores lanzaban los periodistas y los apologistas a las órdenes de la maquinaria franquista.

Cronológicamente, podemos distinguir diferentes etapas:

Desde 1939 hasta 1952 los soldados republicanos, muchos de ellos miembros de las milicias de la CNT-FAI, organizaron grupos armados que operaban en las sierras de Aragón, Andalucía, Cataluña y Galicia. El declive de esta táctica comenzó en 1948, cuando el Partido Comunista abandonó la lucha de guerrillas siguiendo las órdenes de Stalin. Muchos libertarios sin embargo, se negaron a abandonar esta táctica y continuaron luchando hasta 1952 cuando, por diferentes causas pero sobretudo debido a una intensa represión, comenzó a perder su dinamismo.

Principalmente, sin embargo, fue consecuencia del aumento de tensión producido por la Guerra fría, que provocó que, en 1952, el ejército norteamericano prestase ayuda económica a Franco e intercediese para que España fuese aceptada en las Naciones Unidas. No tuvieron la oportunidad las guerrillas, de organizar una fuerza unificada capaz de desestabilizar el régimen de Franco, ni de encender la mecha para la creación de una insurrección popular en las ciudades.

La segunda etapa se solapa con la primera, se inicia en 1945 y llega hasta 1963. Lo que la caracteriza es la actuación de grupos específicos, grupos de acción anarquistas formados por guerrilleros urbanos como Marcelo Massana, Josep Lluís Facerias y Francisco Sabaté Llopart. Todos ellos hombres que se negaron a aceptar la derrota y lucharon hasta que fueron asesinados en emboscadas preparadas por la Guardia Civil y la policía entre 1957 y 1960. El último guerrillero rural fue Ramón Vila Capdevila, víctima de una emboscada, lo mató la guardia civil en Manresa, en agosto de 1963.

El interés público impidió que se diera demasiada publicidad a la cooperación nazi con las fuerzas policiales democráticas, aunque tal cooperación está ejemplificada por la actitud del jefe de la policía francesa, M. Chiappe, cuando entregó los prontuarios de los revolucionarios a la Gestapo en 1940. En esa oportunidad, y desde entonces, la policía inglesa se negó a garantizar que no haría lo mismo en las mismas circunstancias.

Cuando la burguesía “se aterroriza”, se siente “inclinada” a utilizar a la policía y muestra la verdadera imagen de la conquista social. En los Estados Unidos la burocracia es tan eficiente en el arte silencioso de la destrucción masiva, que los jóvenes rebeldes han escupido sobre la cultura burguesa y tomado la actitud responsable de la “irresponsabilidad” -tanto a raíz de la esperanza revolucionaria como de la nueva esperanza “provocan” a la policía de modo que no se pueda utilizar la persuasión y haya que reemplazarla por la fuerza-.

Incluso en los días legendarios de Robin Hood, la violencia estaba justificada una vez reconocida la conquista social. Esta no sólo justifica a los revolucionarios sino también -en todo caso ante sí mismo- al criminal. ¿Qué es la riqueza sino los robos acumulados del pasado? ¿Cómo surgen los títulos y la propiedad de la tierra? Una vez que se aprecia que la acumulación de la propiedad se debe al robo, pero que el robo se remonta en el tiempo, es difícil comprender el argumento de la economía capitalista de que el robo tenga que cesar ahora. ¿Por qué? Porque la ley lo dice. El jugador de pacotilla desea abandonar el juego porque está ganando. Las sanciones morales que el Estado aplica a la desobediencia requieren una cantidad de palabras melosas por parte de la neoglesia para que resulten convincentes.

Los actuales valores que ahora se describen como “burgueses” son los establecidos en tiempos victorianos, e implican una justificación de la subsistencia del poder tal como hoy existe. La misma ética y moral existían en Rusia [soviética], aunque no hubiera burguesía en el sentido económico, pues la reemplaza la minoría de los que ejercen el poder. Un exagerado sentimiento de predestinación, el chauvinismo, el puritanismo sexual y los demás sentimientos que surgen del poder por una lado, y de la abnegación hacia el Estado por el otro, son característicos del capitalismo naciente y de la Rusia soviética. En ambos casos una minoría gobernante estable se yergue triunfante sobre un Estado exitoso que actúa como fachada de la miseria humana. En ambos casos se ha vuelto necesaria alguna forma de terror de masa. En la Inglaterra victoriana era la pobreza, en la Rusia soviética la represión política. En ambos casos, el único antídoto, o sea el terror individual, llegó a ser evidentemente anacrónico debido al éxito de los medios de persuasión. En uno, tal acción parecía innecesaria debido al “continuo progreso del sufragio”, y en el otro porque se lo identificó con el “sabotaje capitalista y fascista contra el socialismo”. La resistencia, en los dos casos, se volvió sombría, no violenta, resignada.

En toda la historia política hay un sentimiento de que “las cosas pueden ser malas, pero no hagamos que sean peores”. Esto aumenta a medida que uno envejece, y se alimenta de la derrota. Es el caso de los argumentos contra la acción militante, y contra la

actitud consistente en considerar a autócratas individuales responsables de actos de tiranía “por temor al retroceso”. Afortunadamente, hay una renovada esperanza con cada generación. Desastrosamente para la humanidad, el Estado está ganando la carrera - sus poderes de destrucción crecen con mayor velocidad que las fuerzas que se rebelan contra ellos-.

El Estado, como conquista institucionalizada, lleva a la destrucción. Aparte de la discusión filosófica de los fines y los medios, es cosa de sentido común que las propias acciones deban condicionarse de acuerdo con los propios fines. Nuestros fines no son la conquista del poder, sino el hacer que los individuos se sientan responsables de sus acciones. Los enemigos de la libertad no deben escapar a su responsabilidad porque aleguen que actuaron cumpliendo órdenes. Cuando se los considera personalmente responsables de sus actos de violencia, acuden al argumento de que la violencia (si la ejecuta cualquier otro) es cosa “fútil”.

El pacifismo cesa de ubicarse en el mismo rango que el bolchevismo y la anarquía, y hasta que el Estado elige de otra manera, el público está completamente entregado a la idea de la futilidad de la “violencia”, aunque la mayor parte de la “violencia” contra la cual ese público provoca invectivas, ocurra como protesta contra el asesinato masivo. A una persona promedio le resulta auténticamente difícil comprender, frente al condicionamiento de masa, que alguien pueda oponerse con vehemencia al asesinato masivo y, por esa misma razón, se sienta tanto más inclinado a formular una protesta violenta. Uno de los autores de este texto, enfrentado con una corte marcial en España como resultado de su creencia en la eliminación de los dictadores, descubrió que algunos de sus amigos y parientes afirmaban auténticamente su inocencia, citando para ello su conocida oposición al armamento nuclear. “Es un pacifista, no un terrorista”, decían, y resultaba ineficaz, estando acusado de un delito capital, tratar de formular la obvia explicación. Uno o dos de ellos sintieron luego que se los había inducido a error. El otro de los autores de este escrito, enfrentado con una corte marcial inglesa, fue censurado por su incoherencia al oponerse al asesinato masivo cuando era notorio que apoyaba la violencia individual (“Y usted no puede negar lo que demuestran sus acciones”). Les parecía claro que si uno no apoyaba la violencia del Estado, u objetaba la idea de sacrificarse por la clase dominante, no podía sostener ninguna otra clase de violencia y probablemente tampoco comer carne. Quienes crean que esto es una exageración podrán convencerse con la sola lectura de los imbéciles comentarios formulados en los tribunales contra los objetores de conciencia.

Pero la violencia no es el metro patrón. No es ni siquiera relevante para la revolución social, que tiene que ver con el cambio económico total del sistema. La violencia sólo se requiere para responder al terror de arriba mediante la imposición de la responsabilidad personal desde abajo. Históricamente, uno ve que la mayoría de las clases dominantes luchan hasta el fin antes que abandonar el poder, y en ese punto otra minoría dominante desea asumirlo. No se puede responder a esto mediante el terror de masa, pues generalmente el ejército de los que tienen o buscan el poder será superior a cual-

más, nuestras expectativas de que aquello fuese posible se vieron reflejadas en la lucha contra la tiranía de Pérez Jiménez en Venezuela, en 1958, y cuando en enero de 1959 las guerrillas armadas entraron en La Habana para derrotar a otro cacique norteamericano, Fulgencio Batista.

Con este ejemplo, la idea del fin de las tiranías parecía factible y con ello, la cuenta atrás para Franco y Salazar, las últimas dictaduras fascistas europeas, en connivencia con la Iglesia.

Como mucha gente joven de mi generación mi conciencia política despertó muy pronto, a los 14 años o poco más. Mi progreso a través del espectro político de la izquierda fue rápido: de la sección de jóvenes del *Partido Laborista*, pasando por el *Comité Antinuclear de 100* con los cuales participé en diversas manifestaciones y otras acciones directas cuyo objetivo era el aparato militar del Estado; la Internacional Socialista, un grupo socialista tronquista, hasta que finalmente encontré mi hogar espiritual en el anarquismo.

Entonces, hacia 1963, con 16 años y siendo un aprendiz de ayudante de laboratorio dental, entré en la Federación Anarquista de Glasgow y en la Federación de Sindicatos de Trabajadores.

España era importante para mí. En 1936, la resistencia popular contra el alzamiento de derechas en España y la lucha y el esfuerzo por una nueva sociedad había provocado que una generación completa de hombres y mujeres arriesgasen su vida para ir a España a luchar desinteresadamente por la causa. Acudieron de todas las partes del mundo -muchos de ellos, de la zona escocesa donde yo me crié- anarquistas y otras milicias populares no marxistas, así como las estalinistas Brigadas Internacionales. Conocí a algunas de esas personas y me conmovió profundamente lo que habían hecho. Para mí, la Revolución Española fue el referente moral del siglo XX.

En 1961 se produjo una nueva represión. Los años más negros de Franco volvieron con la misma sed de venganza que durante la inmediata posguerra; todo esto ocurría ante la apatía y el desinterés de las democracias occidentales.

Podéis preguntaros por qué yo, un pacífico joven de 17 años decidí ir a España para empezar una violenta campaña contra el régimen franquista. Todo lo que os puedo decir es, como el poeta Longfellow escribió: “*La voluntad de un muchacho es como la voluntad del viento y los pensamientos de la juventud son pensamientos que perduran*”

Es simple, yo creía verdaderamente que tenía el derecho moral de hacerlo. Sentía que podía ayudar haciendo recaer la atención internacional sobre el régimen opresor, o haciendo que la cúpula franquista se inquietase, aunque fuese ligeramente y de esta forma tal vez lograr alguna política, estrategia o táctica ventajosa.

Recuerdo las atrocidades que Franco legalizó, desde su victoria en 1939, siendo responsable de la muerte de más españoles que judíos mató Hitler. Fue entonces cuando en 1960, volvió la policía de la era de la inmediata posguerra mientras el resto del mundo no hacía nada en absoluto. Fue en los años álgidos de la Guerra fría, de consumado sentimiento reaccionario y anti-comunista, cuando el régimen franquista fue con-

P. -¿Cómo se ganó la confianza de la militancia clandestina?

R. -Pertenece a la Federación Anarquista Escocesa y contacté con miembros en el exilio de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias que operaban en Defensa Interior, entre ellos, Salvador Gurruchari.

P. -Sorprende que recurrieran a un extranjero sin experiencia previa para atentar contra Franco.

R. -Era lógico. Los jóvenes españoles estaban controlados por el régimen, así que utilizaban extranjeros. En mi caso, fui el enlace en un plan para asesinar a Franco en el Bernabéu. Debía recoger explosivos y detonadores en un domicilio de París y entregarlos a mi contacto en Madrid.

P. -¿Sufrió algún sobresalto en el viaje?

R. -De París a Perpiñán viajé en tren y después a dedo hasta Barcelona. ¡Un estudiante, con falda escocesa, no despertaría sospechas de ser un terrorista! Me había atado los explosivos y detonadores al cuerpo con cinta adhesiva. Al llegar a la frontera se estropeó el coche y tuve que empujarlo bajo la atenta mirada de agentes de policía. Estaba sudando y notaba que la cinta ya no aguantaba a los explosivos. Pasé un momento espantoso.

P. -¿Localizó a su contacto en Madrid?

R. -Debía recoger instrucciones en la oficina de plaza de las Cortes de American Express. En cuanto entré, supe que había caído en una trampa. Agentes secretos de la Brigada Político-Social estaban esperándome. Me arrestaron y me interrogaron en la comisaría de Sol durante cuatro días. No me torturaron, sólo me abofetearon, pero a mi contacto, Fernando Carballo Blanco, sí. El consejo de guerra se celebró el 2 de septiembre y días después me pasaron una carta por debajo de mi celda de Carabanchel informándome de que saldría de prisión en 1984.

Texto leído por Stuart Christie en la charla sobre *Resistencia libertaria al franquismo, durante las Jornadas libertarias por la recuperación de la memoria histórica* de la C.N.T. en Valencia, el 3 de noviembre de 2005

Lo ocurrido el 17 de agosto de 1963 me causó el impacto más duro de toda mi vida. Dos jóvenes anarquistas españoles, Francisco Granado Gata y Joaquín Delgado Granado, fueron ejecutados a garrote vil en la prisión de Carabanchel por un crimen que no cometieron.

En aquel momento tan solo tenía 17 años; era uno de los hijos de la generación del “baby-boomer”, nacido inmediatamente después de la Segunda Guerra mundial, en un período de grandes esperanzas y elevadas expectativas de un mundo mejor y más justo que el de nuestros padres y abuelos.

Nosotros creíamos en el socialismo, la democracia directa, la justicia social y en poner fin a la opresión. Nos habíamos radicalizado con las experiencias colectivas del fascismo y el estalinismo, la guerra y el inminente tratado nuclear Armageddon. Ade-

quier ejército de los que se oponen a él. No se lo puede derrotar mediante la no resistencia, pues eso es exactamente lo que desea. No es posible oponersele mediante la resistencia no violenta, pues esto presupone una clase entrenada de líderes cuyo dominio sólo diferirá en forma cualitativa. Finalmente, al poder impuesto por la fuerza sólo se puede responder mediante la violencia individual. Ningún dictador es tan poderoso como para ser invulnerable para cualquiera que tenga un conocimiento elemental de la química. Los dictadores que comprenden este hecho (como Salazar en Portugal) se vuelven gobernantes invisibles, y se idealiza su modestia y falta de fastuosidad. Permanecen en el poder, y su longevidad se transforma en una virtud más hasta que cometen la indiscreción de morir.

La política está hechizada por el mito del “hombre fuerte”. Así como se atribuyen al Estado las cualidades de una persona, se le atribuyen a la persona las cualidades del Estado. El pequeño Hitler, que nunca levantó su mano para asestar un golpe colérico durante su vida, era un “hombre fuerte”. Churchill, que vacilaba guiado por sus criados, era otro. Desdichado, paralizado, neurótico fue Roosevelt; taimado y educado para cura, Stalin -éstos fueron los grandes hombres de la Segunda Guerra Mundial-. Se los admiraba por su “fortaleza”, lo cual significaba que ninguno de ellos se mostraba reacio a poner en movimiento las técnicas del asesinato en masa. Los escrúpulos burgueses de Neville Chamberlain para ese tipo de acción lo hicieron “débil”. El público de esa época sufrió un lavado de cerebro realizado mediante este tipo de presentación, lo cual lo llevó a creer que Hitler era, de hecho, físicamente el más fuerte de los dos. Con un golpe del famoso paraguas Adolfo se hubiera desmayado. Pero ésta no es la manera en que se conduce la política. Aquellos que creyeron, en 1939, la historia oficial de que la guerra se debía “sólo a un hombre”, no vieron la simple alternativa que se ofrecía respecto de la guerra⁵. Aceptaron que la única alternativa era la sumisión.

¿Por qué los medios de comunicación se ponen histéricos ante la idea de que los estadistas manejen a los hombres? ¿Es porque esto destruye la imagen? Sin embargo, las figuras heroicas deben reducirse de tamaño. “Los grandes sólo lo son porque estamos de rodillas”.

¿Es posible una sociedad libre?

La ayuda mutua es el principio que predomina en la existencia humana. Es más grande que el de la lucha de clases, que resulta de las imposiciones de la sociedad. Enfrentadas con un niño que se está ahogando, sólo las personas sobre las cuales se han ejer-

⁵ La correspondencia dirigida a “The Times” luego de la publicación de “Killing No Murder” de Edward Hymes, reveló la verdadera actitud del Establishment. Es evidente que Hitler podría haber sido asesinado, y se presentaron planes. Pero el asesinato individual de líderes (a diferencia de los disidentes) era “siempre asesinato” y podía tener “repercusiones indeseables”. Es de presumir entonces que la Segunda Guerra Mundial fue una repercusión “deseable”. (Nota de la edición de Proyección)

cido las presiones artificiales del capitalismo preguntarán qué ganamos arrojándonos al agua. Únicamente las personas bastardeadas por la propaganda racialmente divisoria preguntarán acerca de los orígenes étnicos del niño (recordamos a Bessie Smith con una hemorragia mortal, a quien se rehusó la admisión en un hospital “para blancos solamente”). Sólo quienes han sucumbido al condicionamiento del Estado irán preguntando quejosos: “¿Qué están haciendo *ellos* al respecto? ¿Dónde está la policía, los bomberos, los guardias costeros? ¿Para qué pagamos impuestos?”.

La gente común practica la ayuda mutua como cuestión que se da por supuesta (por ejemplo, los encargados de las lanchas de salvamento), o en todo caso reconoce que apartarse de ello es vergonzoso. Este no es el caso del conquistador. Los arrendatarios escoceses y los campesinos irlandeses fueron desalojados a tiros. La burocracia nazi tenía sus estadísticas de asesinatos prolijamente presentadas y archivadas. Los dueños de barcos dejaban que sus hombres fueran a la muerte en buques que hacían agua, hasta que se les impidió hacerlo mediante una ley. Los clérigos rogaban por las almas de los heréticos que iban a la hoguera.

Una sociedad basada en la ayuda mutua es natural para el hombre. La sociedad en la cual no se la practica es antinatural. Se nos imponen instituciones represivas. Debemos eliminarlas. La sociedad libre no debería necesitar de apologistas. Los que cuestionan su practicabilidad quieren decir que ciertas instituciones represivas son esenciales. Sin embargo, la mayoría de las personas coincidiría en que podríamos prescindir de *algunos* de los órganos de represión, aunque haya desacuerdo acerca de cuales de ellos son indispensables. Los múltiples instrumentos represivos del Estado incluyen:

El aparato del gobierno: la legislatura; la judicatura; la monarquía; los funcionarios públicos; las fuerzas armadas; la policía; el partido (en los países totalitarios) o la organización político partidaria en otros lugares.

El aparato de persuasión: la Iglesia (donde forma parte del Establishment), aunque en un Estado no secular podría ser parte del aparato del gobierno; el sistema educacional; el partido en rol persuasivo –todo lo que hemos llamado, de hecho, la “neoiglesia” –.

El aparato de explotación económica: el sistema monetario; los bancos; el control financiero; la bolsa de comercio; la gerencia en la industria.

Muchos reformadores políticos desean abolir alguna parte del sistema no libre. Los republicanos consideran innecesaria la monarquía. Los secularistas desean abolir la Iglesia. Los pacifistas se oponen a las fuerzas armadas. Los comunistas objetan el aparato de explotación económica, por lo menos cuando no se basa en el Estado. Cromwell prescindió de la legislatura. Hitler hizo que la judicatura resultara una farsa.

de libertad. Pero hacia adelante, hacia el uso de la tecnología ubicada en su adecuado lugar, al servicio del hombre, con una educación que ayude a erradicar los odios y no a inculcarlos. Hacia atrás, hacia las zonas campesinas naturales, la aldea no segmentada para que vivan en ella los corredores de bolsa, y las corrientes de agua no contaminadas debido a la necesidad de obtener ganancias. Pero hacia adelante, hacia la liberación de la mente de las supersticiones del pasado, hacia el fin del puritanismo sexual con la incursión de la autoridad en los intereses de la humanidad. Hacia atrás, hacia la sociedad sin gobernantes impuestos por la conquista. Hacia adelante, hacia la sociedad liberada del dominio del gobierno o del principio de explotación. Hacia atrás, hacia los consejos obreros de la revolución rusa y la alemana; las comunas libres de España, Ucrania, México; la ocupación de los lugares de trabajo en Francia e Italia; las primeras metas del movimiento de los delegados gremiales ingleses y las concepciones federalistas de la Primera Internacional. Hacia adelante, hacia la Utopía de William Morris, que hoy está bien al alcance del hombre.

ANEXO

Entrevista a Stuart Christie publicado en *El País*, el 25 de agosto de 2004

Con 17 años Stuart Christie viajó a España a dedo. Eran jornadas de calor, en agosto de 1964, y el joven anarquista escocés escondía una carga de explosivos bajo sus ropas. Franco estaba en su objetivo en un atentado que Defensa Interior, organismo secreto de la Confederación Nacional de los Trabajadores (CNT), la Federación Anarquista Ibérica FAI y la Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias (FIJL), proyectaba perpetrar en el estadio del Bernabéu. La operación se frustró en la madrileña plaza de las Cortes. Allí el enlace escocés fue detenido el 11 de agosto y condenado a 20 años de cárcel. En la intensidad de la campaña internacional, y tras una solicitud de clemencia de su madre, Franco conmutó la pena y Christie retornó a casa. A sus 58 años, y desde su residencia en el sur de Inglaterra, Christie rememora su apoyo a la lucha antifranquista, que relata en un libro de memorias, “Mi abuela me hizo anarquista”, que Simon & Schuster lanzará en el Reino Unido el 6 de septiembre. No hay planes, de momento, para su traducción al castellano.

Pregunta. -¿Qué le empujó a tomar las armas contra Franco?

Respuesta. -La acción directa era la única opción. Con 17 años, me pareció más positivo participar en operaciones de solidaridad internacional que teorizar sobre la revolución. Hubo varios desencadenantes que me empujaron por esta senda: la represión franquista con la militancia trabajadora y la ejecución por garrote vil de los anarquistas Joaquín Delgado y Francisco Granado.

nes represivas son esenciales y, por lo tanto, que la derrota es inevitable. El argumento resulta grato al corazón de quienes desean el poder, pero quieren ser amados mientras lo ejercen. Sólo están esforzándose “para nuestro bien” y no por ambición personal. Querrían que tuviéramos una sociedad no competitiva, “pero eso no funciona”, y la única que *funcionará* es la que unta sus bolsillos. Sería agradable prescindir del gobierno, pero “hay que mantener alguna forma de gobierno (después de todo, la libertad no es libertinaje)” y ellos están dispuestos con renuncia a sacrificarse para proporcionarla.

Para nosotros, ninguna institución represiva tiene valor excepto para la minoría conquistadora. No creemos que cuando estos hayan desaparecido, llegaremos a la Utopía. No vamos a ver la Utopía en nuestra generación. Concebimos la Utopía como el módulo por el cual medimos nuestras acciones y el fin que podemos alcanzar. La sociedad libre es para nosotros una etapa en el camino y se la puede alcanzar de inmediato. Algunos podrían decir, utilizando el ideal como un instrumento destinado a bloquear la acción, que primero debe haber una revolución en el espíritu de los hombres antes de que pueda ocurrir un cambio en la sociedad. Pero para el anarquista revolucionario lo cierto es lo inverso. Debe haber una revolución en el espíritu de los hombres, y si ésta puede preceder al cambio social, tanto mejor. Sin que se altere radicalmente la base económica de la sociedad será imposible la revolución del espíritu de los hombres que nos llevará a la Utopía, pues tal revolución se enfrentaría no solo con la fuerza bruta del Estado sino con los medios de persuasión como método de opresión. Es una buena excusa ante la policía decir que la única revolución que teníamos en vista en un determinado momento era lograr la sociedad libre dentro de nuestra mente. Se dice que Jesús formuló alguna excusa similar a ésta ante los soldados romanos, pero los revolucionarios se han vuelto mucho más osados desde entonces.

La expropiación de la industria no es una posibilidad remota. Incluso en la actualidad, el control está en manos de los trabajadores. Es este control lo que querría arrebatarse la revolución tecnológica, de modo de crear una nueva tiranía desposeyendo a las clases productivas. Hay siempre un cierto grado de intromisión del control que ejerce la fuerza de trabajo sobre la industria. Hay, además, un punto firme más allá del cual tal intromisión quizá no pueda proseguir sin que la industria cierre o sea asumida por los trabajadores. La ocupación de fábricas en épocas de intranquilidad social es otro punto firme más allá del cual no pueden ir los trabajadores sin asumir la industria. Una vez que recomienzan el trabajo, pero con la gerencia cerrada, cesa de haber una huelga y nos hallamos ante una revolución.

Al ver la revolución como una ruptura con la sociedad dominada por el Estado cesamos de ser admiradores del “progreso”, interpretado habitualmente como la manera en que han ocurrido hasta ahora las cosas o la dirección no controlada en la cual se orientan. Miramos tanto hacia atrás como hacia adelante.

Hacia atrás, en verdad, hacia la ciudad libre, con sus gremios de artesanos y grupos de estudiantes, sus reuniones nacionales y su asociación federal con un amplio margen

Los anarquistas son los únicos que desean abolir estas tres fuerzas de represión, y en particular la fuerza policial, pues la policía (o el ejército en función policial) es la piedra angular del Estado. Sin ella los debates en Westminster se volverían tan estériles como los de Oxford Union, y menos interesantes.

Un órgano del Estado raras veces puede realizar el trabajo de otro. La Iglesia ha actuado como burocracia estatal, incluso como fuerza policial (estado jesuítico del Paraguay). La monarquía ha sido juez y jurado. Los bancos controlan a menudo los medios de producción. Pero por otra parte la monarquía difícilmente podría salvarnos de la invasión extranjera si no tuviera un ejército (aunque algunos de sus admiradores han pensado de otra manera). A la bolsa de comercio le resultaría difícil persuadirnos de que somos un pueblo libre e independiente, y a la fuerza policial, sin una Iglesia, le resultaría muy difícil hacernos ir al cielo.

Es cierto que el gobierno asume el control de ciertas funciones sociales necesarias. De ello no se deduce que *sólo* el Estado pueda asumir tal control. Los empleados de correos son “funcionarios públicos” sólo porque el Estado los hace tales. Los ferrocarriles no siempre los manejó el Estado. Pertenecieron a los capitalistas, y hubiera sido igualmente fácil que los manejaran los obreros ferroviarios. La policía encuentra nuestros perros perdidos pero ello ocurre porque los registros se llevan en las comisarías, no en las oficinas del correo.

Había una vieja superstición según la cual si la Iglesia excomulgaba a un país, éste sufría un terrible desastre. Esta creencia tiene fundamentos. En esa época sólo medianando la bendición de la Iglesia podía uno casarse, ser enterrado, legar su propiedad, hacer negocios sin riesgo, educarse o ser atendido en caso de enfermedad. Mientras la gente creyó en la Iglesia la maldición funcionó. Si un país estaba excluido de la comunión de los creyentes se cerraban los hospitales, manejados por la Iglesia, y nadie se atrevía a hacerse cargo de ellos por temor a los fuegos del infierno. No había ninguna confianza en los negocios, puesto que eran los clérigos quienes tomaban los juramentos, y sin el ritual mágico no podía haber ningún crédito seguro. Cesaba la educación, pues los sacerdotes manejaban las escuelas. Con sorpresa de algunos, aun podían engendrarse hijos, pero como no se los podía acristianar estaban excluidos de la comunidad de los creyentes. Pasaban su vida en medio del temor. Sus padres no casados no podían dejar su propiedad a sus hijos ilegítimos, y a menos que se reabriera la Iglesia, no podían casarse.

Actualmente somos más sensatos, pero hemos reemplazado una superstición por otra. Los oponentes del anarquismo nos aseguran que si elimináramos al gobierno no habría educación, pues el Estado controla las escuelas. No habría hospitales —¿de dónde saldría el dinero para sostenerlos?—. Nadie trabajaría —¿quién pagaría los salarios?—. “No habría una muchacha virgen ni una rupia entre Calcuta y Peshawar”, acostumbraban asegurar presuntuosamente los angloindios a quienes deseaban abolir el señorío británico, pues sólo el Estado impedía el rapto y el robo (chiste que tomó un sabor amargo en la Europa ocupada por los nazis).

Pero en realidad no fue la Iglesia ni el Estado sino el pueblo el que proveyó lo que el pueblo tiene. Si el pueblo no provee a sí mismo, el Estado no puede ayudarlo. Sólo parece hacerlo porque ejerce el control. Quienes tienen poder pueden repartir el trabajo o regular el estándar de vida, pero esto forma parte del ataque contra el pueblo, no es algo que se emprende para ayudarlo.

Considerar si los órganos de represión son indispensables o no es lo mismo que considerar si los armamentos del enemigo le son o no indispensables. Son esenciales para él si se propone realizar una conquista. *Nosotros* podemos encontrar argumentos contra ellos. *Él* tratará de justificar esos armamentos. *Nosotros* debemos estar convencidos de la necesidad de su abolición. En estos términos, una sociedad libre es aquella en la cual se priva al enemigo de sus armas o, en otras palabras, en la cual quedan abolidas las instituciones represivas o se las elude de modo que resulten inútiles.

Hemos visto en nuestra época que no importa si una iglesia subsiste como curiosidad histórica o incluso como un cuerpo viviente. Tratará de transformarse en un cuerpo no represivo cuando ya no tenga más poder. Otras instituciones antes represivas, que han perdido su poder, tratan de adaptarse a la realidad de su situación. El capitalismo no está más triunfante en ningún lugar que en la City de Londres, pero subsisten allí primorosas reliquias medievales que no tienen ningún poder sino que son puro snobismo. Una sociedad no sería menos libre porque algunos de sus ciudadanos se reunieran voluntariamente y contribuyeran a un Estado que les impusiera la obediencia. Pero tal demostración de lealtad al pasado resultaría tan anticuada como celebrar el rito de la fertilidad en torno del poste de mayo. Esto último es más natural que formar cola para pagar impuestos y podría considerárselo mejor.

En la atmósfera de libertad, cuando las instituciones coercitivas pierdan su poder, y resulten innecesarias, la opinión pública ya no podrá ser manufacturada, los partidos que defienden un retorno a la necesidad de poder llegarán a sufrir el destino de todas las causas perdidas, socialmente irrelevantes o románticamente pasadas de moda. Luego de haber sufrido una inquisición, la gente no volverá de buena gana a ella. Los horrores del pasado ya no podrán suscitar la credulidad y se los deberá imponer por la fuerza si el Estado los considera necesarios de nuevo, pues el pueblo se precipita a defender su libertad cuando se la ataca abiertamente. Sólo bajo condiciones de conquista aceptada e histórica se vuelve apático, pues no comprende su naturaleza y se lo persuade a que la acepte como inevitable.

Sin duda, en los primeros estadios de una revolución sería necesario, dentro de círculos similares a los de la Revolución Francesa, prepararse para abatir a quienes quisieran reintroducir la represión. Los partidos políticos no desaparecerían de la noche a la mañana. Lo que desaparecería sería la dominación de la vida política por los partidos. La eliminación de los aspectos agradables del cargo ayudaría a eliminar el deseo de ese cargo. El concepto de sacrificio del rey puede no haber sido una tonta superstición de la sociedad primitiva. Por cierto que en los primeros años de una sociedad libre los libertarios concientes tendrían que afirmar la defensa de la libertad, sacrificando a

quienes quisieran dominar. Pero en el lapso de una vida, la libertad sería tan necesaria como el aire que respiramos.

El concepto de una sociedad libre es tan atractivo como para que lo acepten en general todos aquellos que no estén completamente deformados por la autoridad, y en especial las sucesivas generaciones más jóvenes, cuando los ideales impuestos de obligación y obediencia se hayan resquebrajado debido a los sacrificios excesivos requeridos en su nombre. Contra estos conceptos pueden verse las posibilidades alternativas que surgen de la indisciplina y de la desobediencia, tales como la abolición de las fronteras –la fraternidad entre los pueblos, “un mundo, ningún gobierno” –, la ausencia de la guerra y el fin de la violencia –la ruptura de las barreras artificiales de clase–, la liberación sexual –educación sin disciplina forzada–, la producción para el uso, no para la ganancia.

En verdad todo esto, se lo titule o no anarquismo, puede ser aceptado como un conjunto útil ideal, es decir, como una ficción. Expresado como arte, drama o literatura, puede espantar a la burguesía o incluso aquietarla. El anarquismo se expresa inevitablemente en relación con el arte, el drama, la literatura, la música, tal como ocurrió con la religión, el patriotismo y los credos partidarios. Pero la representación ficticia no debe confundirse con la cosa real.

Constituye un enfoque fácil del pensamiento libertario expresar la violencia inicua del Estado y oponerla a la completa no violencia de una sociedad no gubernamental. Sin embargo, es deshonesto mostrar los aspectos buenos sin mencionar el precio, y una sociedad libre sólo puede instaurarse a través de una determinada resistencia. No es sólo una cuestión de derrotar a la clase dominante, sino de que a ésta le quede bien claro que ya no puede existir ninguna clase de dominio. El propósito de la sociedad libre no es el “rechazo” de los órganos represivos del Estado. Es su abolición.

En el terreno de la ficción desempeñan un papel revolucionario los escritores, creadores, artistas y músicos. En la apreciación del rechazo que estos hacen de los valores del Estado, el estudiante desempeña un rol revolucionario. Pero en lo que respecta a la cosa real, tenemos que considerar la cuestión en términos del choque que ocurre dentro de la sociedad entre quienes dominan y quienes son dominados. Es un choque que implica la guerra civil, se llame así o no.

Es necesario abolir la conquista impuesta tanto en el dominio de la mente como en el del cuerpo.

Los resultados psicológicos de la derrota los muestra la adulación al conquistador, el intento de asimilarse a él y la consideración de sus valores como los únicos verdaderos. Sólo raramente se transforma en resistencia activa. Más a menudo es apatía. Esto se ilustra gráficamente en el caso de la conquista nacional, pero existe exactamente de la misma manera en el de la conquista social. Es este tipo de apatía en la derrota lo que se combate mediante la acción individual que lleva a la restauración de la confianza en sí mismo (como se vio en los *attentats* de París en la década posterior a la derrota de la Comuna). Decir que una sociedad libre es quimérica equivale a decir que las institucio-